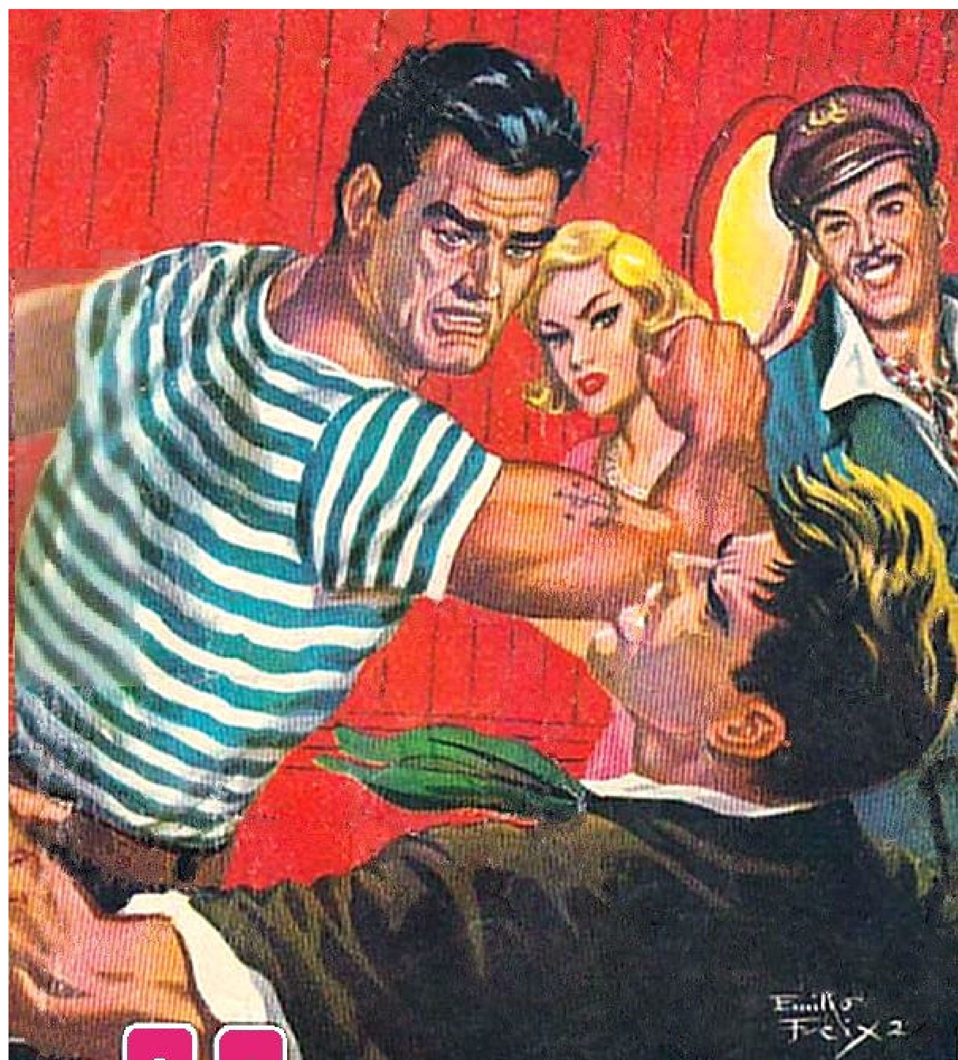


SS

SERVICIO SECRETO

MARK HOLLORAN

SILENCIOS DE TUMBA

Los extraños llaman a esta zona el Barrio del Hambre. Es la «corte de los milagros» de Nueva York.

La policía sabe de sobra que aquello es una república independiente de la Ley, a donde su control no llega. Porque allí nadie trabaja. La vida se resuelve por el malabarismo cotidiano, ¿y quién es capaz de pedir cuentas al que nada tiene, salvo hambre y piojos? No es mucho crimen despojar en un descuido de unas migajas a quien cada día se zampa un pan entero.



Mark Halloran

Silencios de tumba

Bolsilibros: Servicio Secreto - 419

ePub r1.0
jala y xico_weno 09.12.17

Título original: *Silencios de tumba*
Mark Halloran, 1958

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

Silencios de tumba

1ª. EDICION

AGOSTO -1958

EDITORIAL

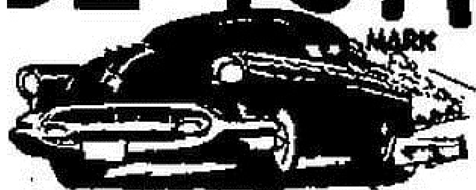
Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

SILENCIOS DE TUMBA



CAPÍTULO PRIMERO

Main River *Cross*, Tuttle Road, Docks Street y el río Hudson encuadran, al oeste de Nueva York, un pequeño barrio particularmente denso en detritus sociales. Hombres rotos de cuerpo y alma, suciedad, miseria, se alían en menos de una milla cuadrada para formar sobre la tierra una antesala del infierno, paraíso, en cambio, del «Ejército de Salvación» y otras instituciones de beneficencia pública.

Los extraños llaman a esta zona el Barrio del Hambre. Es la «corte de los milagros» de Nueva York.

La policía sabe de sobra que aquello es una república independiente de la Ley, a donde su control no llega. Porque allí nadie trabaja. La vida se resuelve por el malabarismo cotidiano, ¿y quién es capaz de pedir cuentas al que nada tiene, salvo hambre y piojos? No es mucho crimen despojar en un descuido de unas migajas a quien cada día se zampa un pan entero.

En el barrio, empero, nadie sabía de más hecho sangriento que tal o cual cuchillada por celos o tal o cual oreja arrancada de un mordisco, unas veces por odio, otras por hambre o por tener más sitio donde dormir.

Hasta que un día…

Mediaba el otoño. La noche cubría miserias desde hacía horas. Las pocas luces que aún brillaban apenas evitaban los tropezones con sus soportes; las otras habían sido rotas a pedradas, o robadas el mismo día de su reposición.

Escasos vehículos circulaban a aquellas horas por allí, como no fueran ambulancias o, muy de vez en cuando, los patrulleros de la Metropolitana. Sólo el ferrocarril elevado era constante en su paso fugaz. Cada media hora rasgaba la noche con su estrépito de hierros

mal unidos, para desaparecer pronto, dejando una estela luminosa en el cielo.

Faltaba poco para la medianoche.

De pronto, los faros de dos coches barrieron la calzada, haciendo danzar las sombras de los postes del armazón aéreo. Llegaban silenciosos. Sin ruido apenas. Parecían fantasmas: fantasmas movidos por gasolina. Iban muy juntos, uno tras otro.

Algunas sombras salieron huyendo, pegadas a los muros de los edificios como gigantescas lagartijas, ante el temor de que se tratase de una patrulla policíaca en plena redada.

Pero los recién llegados no usaban uniforme ni gorra.

Incluso eran demasiado jóvenes para llevar el sombrero con el ala pegada a las narices. Y parecían acudir a una reunión de conspiradores. Sus precauciones, su aire de misterio, el escenario elegido era demasiado dramático para producir efecto, como no fuera en una película.

Sí. Eran muy jóvenes. Entre los catorce y los diecisiete. Parecían jugar a bandidos. Sus contoneos eran excesivamente exagerados. Hasta sus sombreros eran excesivamente grandes para su edad. Como los coches que los habían traído.

Se adentraron en silencio por un callejón. Once chiquillos, más uno que se quedó fuera, vigilando los automóviles.

Todo recobró normalidad. El ascua de un cigarrillo brillaba en la sombra que sobre la cara proyectaba el ala del sombrero del vigilante, sentado displicentemente en un guardabarros del primer coche.

De un portal próximo salió una chica. Era muy joven también. Diecisiete años quizá, bien aprovechados por la naturaleza. Sin embargo, sus atractivos de mujer, realzados por prendas que no le correspondían, no desentonaban en la escena. Su cara de niña desmentía su aparatosa carrocería. Estaba hecha a la medida de aquella pantomima infantil.

La chica se acercó pisando fuerte y moviéndose con sinuosidad. Al llegar frente al muchacho, hurgó en su bolso, sacó un cigarrillo y le pidió fuego.

El muchacho relajó la vigilancia, sonrió y se dispuso a complacer la petición. Dos sombras se le abalanzaron entonces. Cuando se quiso dar cuenta le habían hundido el cráneo a culatazos.

Sólo el alma, camino del limbo, debió oír los ecos siniestros que despertó en la calle su cabeza machacada a golpes, porque estaba muerto antes de que su cuerpo llegara al suelo.

Luego, nada, silencio.

Una voz sonó en un susurro:

—Tú ya has acabado, Sally. Lárgate…

El taconeo se perdió calle adelante, rítmico, sin nervios ni prisas, acompañando el ridículo contoneo de unas caderas de diecisiete años.

El juego seguía pareciendo de niños. Todo sonaba a falso. Pero el juego se había hecho sangriento, porque el muerto era de verdad.

Tres hombres salieron del portal. Llevaban metralletas. Se ladeaban para no pisar el cadáver que yacía cruzado en el umbral, mirando a las estrellas en postura violenta. Y se metieron en el callejón.

Pasó el elevado con su cola de luz y su estrépito de hierros desarticulados. El traqueteo se fue perdiendo a lo lejos. Se oyó el pitido de la sirena de un barco en el río.

Luego, el silencio volvió a dormirse en la calle.

Pasaron diez minutos. No más.

De pronto, bruscamente, brutalmente, los ecos se despertaron de nuevo. Los coreaba el tableteo de las metralletas en el callejón. Las pistolas sincopaban la trágica música con estampidos secos, cada vez más distanciados. Era una orgía de tiros.

Y cesó como había empezado, de súbito; como la descarga de un fusilamiento sin tiro de gracia. Ni un grito se oyó.

La traca había durado menos que el paso de un tren sobre el puente elevado.

Después, sólo continuó sonando la sirena del barco en el río muy de vez en vez.

Del callejón no volvió a salir nadie. El juego había terminado.

* * *

A medianoche llegó la Policía. Los coches atronaron la calle con sus sirenas. Nadie supo quién les había avisado.

Al día siguiente, cuando los fotógrafos, los peritos en dactiloscopia, los inspectores de guardia y cada uno de los policías

terminó su misión, las ambulancias estuvieron acarreando cadáveres durante dos horas.

Quince muertos en total. Quince fiambres pasaron de las camillas al frigorífico de la Morgue. Ninguno necesitó los servicios del médico de guardia más que para certificar su defunción.

No cabía duda de que los chicos jugaban en Nueva York a juegos peligrosos. Juegos de fieras, no de hombres.

CAPÍTULO II

—William Seymour, diecisiete años, estudiante…

—Hijo del senador Seymour.

—John Morris, dieciséis años, estudiante…

—Éste es hijo del general de las Fuerzas Aéreas del mismo nombre.

—Patrick O'Flanagan, diecisiete años, estudiante…

—Hijo del conocido *boss*.

—Kirk Erikson, quince años… ¡quince años!… ¡quince años…! —volvió a repetir, con aprensión, la voz que leía la macabra lista—. Es increíble…

—Y éste, como los cinco siguientes, es hijo de personas de posición social elevada. Su padre es naviero. Un cacique que apalea millones. Con los impuestos que él vomita anualmente nos pagarían a ti y a mí cien sueldos durante toda la vida y aún sobraría para emborrachar a toda la ciudad.

—Más increíble aún… ¿Y los otros tres?

—«Pimples», «Dible» y Jerry Swanson eran raterillos fichados por hurto, luchas callejeras a mano armada, venta de cigarrillos de marihuana y otras lindezas por el estilo. Últimamente pasaron un mes encerrados por habérseles encontrado, rodeados de botellas con gasolina y mecha, en el lugar en que media hora después debía producirse una batalla campal entre dos «gangs» infantiles. Por fortuna la policía se enteró a tiempo.

—¡Angelitos…! ¡Cuántos palos se pudren en el bosque sin llegar a utilizarse! ¿Y los tres restantes? La edad que veo reseñada aquí desentona con la de los demás:

—Éste es el nudo de la cuestión. Eran «gangsters» profesionales. Dingo había salido hace unos meses de Sing… Sing, tras cinco años de encierro. Un asesino, perito en escamotear pruebas, llevaba veinte muescas en la culata de su revólver y sólo se le pudo encerrar por tenencia ilícita de armas. Un duro listo. Los otros dos no tenían ficha. Sin embargo, eran del oficio. Treinta y treinta y cinco años respectivamente. Dingo no llegaba a la treintena.

—¿Y ametrallaron a los críos?

—Eso liemos deducido. Los chicos iban todos armados. El trabajo de buscar dueño a cada pistola por las huellas dactilares, y el de identificar por las marcas del rayado las balas que cada uno había disparado, ha tenido a nuestros especialistas entretenidos durante cuarenta y ocho horas.

—¿Resultados?

—En el cuerpo de Dingo Lecoq se encontraron balas disparadas por tres chicos diferentes. A otro de los «gangsters» lo mataron de un solo chinazo en la frente. La bala pertenecía a la pistola de John Morris, el hijo del general de las Fuerzas Armadas. El mocoso, a los dieciséis años, era un tirador de primera. Del plomo que le metieron en el cuerpo al tercero, la única bala certera en plena cabeza era también de Morris.

—Sin embargo, tuvieron tiempo de cargarse a los doce chicos.

—A los once. Al otro le rompieron la crisma en la calle. No olvides que los tres *gangsters* llevaban metralletas Thompson.

—¿Conclusiones?

—Todos los chicos iban armados, como te he dicho; pero cuatro de ellos no llegaron a sacar el arma del bolsillo. Fueron ametrallados de improviso. No tuvieron tiempo de defenderse. Dingo y sus amigos debieron ir allí con órdenes concretas. Sin embargo, hay un hecho que no está muy claro. El tipo que John Morris mató de un tiro en la frente no alcanzó a disparar contra los muchachos. La única ráfaga de su Thompson está incrustada en el techo. Debió apretar el gatillo al agarrotársele la mano, cuando cayó fulminado.

—La escena sería de locura.

—Si aún no has comido, empieza a ver las fotos sacadas en aquel escenario. Hay posturas para todos los gustos. Parece como si por el cuartucho hubiera pasado un ciclón. De sangre no hablemos.

Había que entrar con botas. Manaba por más de doscientos agujeros. Tiraron como diablos.

—¿Qué más?

—Apenas nada. Uno de los coches que usaron los chicos pertenecía a Erikson, el naviero; el otro era del senador. Dos últimos modelos de portaaviones.

—¿Eso es todo?

—De momento sí. Sabes tanto como la policía. Esta lista de muertos y los datos complementarios son los mismos que les di esta mañana a mis agentes para empezar a trabajar. Y las mismas que les daré a tus compañeros que ya empiezan a impacientarse ahí fuera. Quiero rodear este caso de la máxima publicidad. Es tan terrible, y hay tan pocos indicios, que espero mucho de la cooperación de la gente. Ahora vete…

—¿Para esto me has llamado a solas?

—Tenía la esperanza de que investigases por tu cuenta. En un caso como el presente, en el que hay de por medio nombres tan importantes, puede más a veces un periodista que la misma policía.

—¿En cuarenta y ocho horas no han sabido traer más caza tus sabuesos?

—Te lo hubiera dicho.

—Los lectores se pondrán furiosos. Querrán algo más.

—Sí. Ya sé. Dar tanta publicidad es una espada de dos filos. Si fracaso me hundirán. Pero es necesario. De momento, la gente ya tiene sangre. ¿Qué más quiere? Que la digieran despacio y les durará. Para que se distraigan hasta el segundo pienso, puedes sugerir a los beatíficos padres de familia que disfrutan con tus crónicas negras que se dediquen a fabricar palos con que enderezar a sus hijos. Ellos tienen la culpa de que estas cosas lleguen a suceder. ¡Calzonazos! ¿Cómo van a respetar los chicos a un padre que se pone el mandil y friega los platos, mientras su mujer cotorrea en el «Club de Iluminadoras de Pueblos Inferiores» sobre la introducción de democracia y leche en polvo en el país de los malgaches?

—¿Añado esta opinión de Freddy Marone a mi crónica?

—Haz lo que quieras. Me importan una higa los estúpidos lectores de la crónica de sucesos.

—De tu parte. Adiós, Freddy.

—Espero tu colaboración.

—A cambio de las primicias en la información, naturalmente.

Y el que había hablado en último lugar salió del despacho del jefe de la Brigada de Homicidios metiéndose un fajo de papeles y fotografías en el bolsillo.

Era Bob Rogers, reportero especial del «New York Chronicle». Lo cual quiere decir que se permitía el lujo de escribir solamente cuando encontraba un buen tema, sacarle el máximo partido posible con su investigación personal y mantenerlo en primera plana de los números extra mientras había barro que remover. Su firma en el «Chronicle» era la más cotizada. Lo cual significaba que Bob Rogers y el escándalo andaban siempre de la mano.

Visto de espaldas, Bob Rogers no, tenía nada de particular. De frente, salvo sus ojos, no tenía mucho más. Era un tipo que a nadie llamaba la atención, corpulencia media, pelo castaño, andares y demás señas generales indiferenciables entre doscientas personas.

La personalidad del periodista residía únicamente en el ángulo de su mandíbula voluntariosa, en el corte de su boca y en su mirada penetrante, fría o cálida como sus pensamientos, siempre brillante, con fulgor magnético, casi hipnótico. Una mirada que le definía como extraordinariamente inteligente: como hombre que sabe el punto exacto donde poner la palanca para mover la piedra que el gigantón con todos sus músculos no llegará nunca a levantar.

Al salir a la calle, Bob Rogers había tomado ya una decisión. Intervendría. Una matanza de jovenzuelos tan estúpidos como ricos que juegan a delincuentes era un tema que prometía. Éxito y dólares, naturalmente. Y emoción. Porque nada hay más emocionante que enfrentar la inteligencia a la fuerza. Aunque las más de las veces cuente caro en árnica y esparadrapo, escayola y cuentas del médico especialista.

Rogers no perdió el tiempo. Cruzó la calle y se metió en un bar. Miró su reloj y pidió un *whisky*. Cualquiera hubiera dicho, por el gesto, que el médico le recetaba un trago a las nueve en punto de la noche.

Echó medio dólar sobre el mostrador para la camarera:

—¿Dónde está el teléfono, preciosa?

—Al fondo.

Abriendo la guía telefónica, Bob Rogers eligió la E. Hojeó hasta

encontrar los Erikson y recorrió las columnas con el dedo. A Erikson, naviero, lo señaló subrayándolo con la uña. Sacó la lista de víctimas y junto al «hijo de Bjorn Erikson» anotó dirección y teléfono.

En quince minutos hizo lo mismo con Morris, Seymour, O'Flanagan y el resto de la lista. Después sacó su libreta y marcó un número.

—¿Depósito de la Morgue?

—Sí, diga.

—Aquí el «New York Chronicle». ¿Cuándo entregarán los cadáveres de la matanza de anteayer a sus familiares?

Una voz monótona, como si no hiciera otra cosa en todo el día, respondió:

—Desde mañana estarán a disposición de quien los reclame.

A las nueve y media, Bob Rogers estaba en su apartamento. Se sentó, encendió un cigarrillo, se sirvió un *whisky* bien cumplido de la botella que tenía a mano, sacó la lista de muertos del bolsillo y puso el teléfono portátil sobre sus rodillas.

Expelió con fuerza el humo de sus pulmones y marcó un número.

—¿Casa de los señores Erikson? ¿A qué hora es el entierro del pobre Kirk?

Respondieron, y apuntó un nuevo dato en la lista.

—Gracias, no faltaré. Yo era buen amigo de Kirk. Gran chico. He sentido mucho su muerte.

La escena se repitió hasta que la lista quedó completa. Los chicos iban a ser enterrados entre nueve y doce del día siguiente.

Luego llamó a Fred Marone. A aquella hora debía de haber dejado ya su oficina de la Brigada de Homicidios.

—¿Qué quieres a estas horas? Estaba cenando.

—No seas gruñón y dime si alguien ha reclamado los cadáveres de los tres «gangsters».

—Sólo el de Dingo Lecoq. Lo ha reclamado su novia.

—¿Cómo se llama la chica?

—Karen Oaks, calle Diecisiete, Black Arms. ¿Algo más? Se está enfriando la sopa.

—Sí. ¿Qué hay de «Pimples», «Biable» y Jerry Swanson?

—Eran pobres. Irán a la fosa común. No hay quien les pague el

entierro. Por si te interesa, a «Pimples» le han llevado flores esta mañana.

—¿Quién?

—Una chiquilla de diecisiete años. La hemos interrogado, pero no hemos sacado nada en limpio. La tengo vigilada. Vive en el Bronx. La conocen por «Pup». No me acuerdo de su nombre. Si te interesa te lo daré mañana.

El pensamiento de Bob Rogers volaba. Durante este corto diálogo, y mientras iba tomando notas en un bloc, forjó su plan.

—Un último favor, Freddy. Yo me encargo de los gastos del entierro de «Pimples». Quisiera ganarme así a la chica. Ella debe saber algo. Cuida de que no me pongan dificultades en la Morgue.

—De acuerdo. Y cuelga de una vez, Mary está echando chispas, oigo sus protestas desde aquí.

—Adiós, calzonazos. Y gracias. ¡Ah…! ¡Ojo, no rompas ningún plato cuando friegues esta noche!

CAPÍTULO III

El cementerio de Greenwood, en Brooklyn, es un bonito parque donde se ha tratado de ocultar la muerte a los vivos por todos los medios.

Prados, avenidas, lagos, grandes árboles y, salpicados en artístico desorden, hitos de piedra que más parecen adornos que señal para saber dónde se pudre un cadáver. Grandes macizos de flores y arbustos olorosos evitan perfumes desagradables.

Sin embargo, en Greenwood, la muerte hace su aparición de vez en cuando. Muy rápida, para que los vivos no se den cuenta.

Se abre un hoyo, se mete en él una caja, un grupo de gente la rodea como para ocultarla, y rápidamente se cubre de tierra. La tierra removida se cubre a su vez con tascas de hierba bien niveladas para disimular el escondrijo.

Después, excepto un par de personas que suelen llorar, aunque no siempre ocurra, el resto de los asistentes se dispersan hablando tranquilamente de sus cosas.

Aquella mañana, a las nueve en punto, Bob Rogers, con su traje más obscuro, formaba parte de uno de aquellos grupos, rodeando un hoyo. Dentro de la caja había un cuerpo de dieciséis años, acribillado a balazos, que en vida se llamó Kirk Erikson.

Pero a Bob le falló su primer golpe. En el entierro no había ningún amigo de la edad del muerto. La más joven era una muchacha de unos veinticinco años, su hermana. Se enteró de su nombre y se marchó con la vaga impresión de que lo había preguntado más por lo bonita que era que por interés para una posible investigación.

A las once había asistido a dos entierros más. Pero los resultados no fueron mejores. Los amigos de los muertos parecían haber

desaparecido. Estarían sin duda cerrados bajo llave por sus padres, como medida de seguridad.

Era ya tarde para asistir a otros sepelios, pues debía presidir su entierro particular. Un taxi lo llevó a la funeraria donde al pobre «Pimples» lo habían vestido con un traje de confección y encerrado en una caja de bastante precio.

A través del cristal, con la cabeza apoyada en un almohadón de raso blanco, «Pimples» estaba elegante y estirado como un niño en visita. Una muchacha llorosa, muy puesta en su papel de viuda prematura, velaba el cadáver.

Muy a su pesar, al periodista le conmovió la escena. La mirada agradecida de la muchacha y la buena cara del muerto le removieron un poco su sentimentalismo. Sin saber por qué, pensó en si le habrían puesto zapatos nuevos al muchacho.

Silencioso, melifluo y con perfecto ademán de comediante acostumbrado a su papel, el empleado de la funeraria se le acercó.

—Todo preparado, señor.
«Wilkes & Wilkes»
le expresan por mi mediación su más sentido pésame. ¿Desea el señor flores, coronas o adornos de plata en la caja?

—¿Le han puesto zapatos nuevos al chico?

El fúnebre personaje se recobró rápidamente de su sorpresa y, con la seguridad de quien ha pensado en todo, respondió:

—Le hemos puesto los más bonitos zapatos de Nueva York. De veinte dólares el par. ¡Ejem…! ¿De qué precio quiere las flores? Por cincuenta dólares lo cubriremos de guirnaldas. Por cien más, con dos coronas.

A Bob se le revolvió el estómago.

—No, gracias. No creo que sea peso, precisamente, lo que le falle para hundirse en los infiernos.

El empleado se alejó a pequeños brincos.

El periodista fijó la mirada en la muchacha. Era joven y no mal parecida. Pero, pese a su rostro lacrimoso, se veía que no tomaba en serio demasiadas cosas. Su gesto era el de la muchacha que ensaya poses de mujer fatal ante el espejo cuando está a solas. Y ahora representaba su primer papel importante.

—¡Hola «Pup»! Te esperaba.

—¿Cómo sabe mi nombre? —El gesto de ella estaba más lleno

de coquetería que de curiosidad.

—«Pimples» me hablaba mucho de ti. Debía quererte mucho. Yo era su mejor amigo.

—¿Usted su amigo? ¡Vamos!

—¿Por qué había de pagarle el entierro y evitarle la fosa común si no lo fuera? «Pimples» era un valiente. No merece pudrirse como un cualquiera. Tendrá una bonita tumba y un hito de piedra con la inscripción: «De sus amigos, en testimonio de inolvidable amistad»; y a continuación tu nombre y el mío.

Ella aprobó con gesto de viuda desconsolada. Bob Rogers aprovechó para hacer una seña al empleado.

—No vendrá nadie más. Vámonos al cementerio.

Durante el trayecto no hablaron. La chica creyó estar más en su papel callando, y él aprovechó para preparar su plan de ataque.

Los restos de «Pimples» fueron metidos en un hoyo con derecho a cinco años de estancia. Cuando las primeras paladas de tierra resonaron macabramente sobre la caja, la muchacha se abrazó a Bob. Esta vez la mirada de terror y la crispación de sus manos eran legítimas.

Pero diez minutos más tarde, en la barra de un bar cercano, había olvidado su dolor.

Bob se había ganado por completo la confianza de la chica. Los dólares gastados en el entierro de «Pimples» habían sido el mejor salvoconducto para entrar en el hermético mundo del hampa juvenil. A «Pup», cuyo verdadero nombre era Norma, se le salía por los ojos la admiración que las muchachas de quince a veinte sienten por los hombres que pudieran ser sus padres, cuando éstos las invitan a una copa.

El periodista no quiso empezar preguntando. Sabía que ella tenía necesidad de hablar, y esperó. No mucho.

Con un suspiro, la muchacha inquirió:

—¿De Nueva York?

—Chicago.

—¿Qué hace aquí?

—Acudí a una llamada de «Pimples». Pero llegué tarde. No pude verle vivo.

—¿Por qué le llamó?

—Sólo me decía en el telegrama que estaba en un apuro.

Esperaba que él me lo explicara cuando llegase.

—¿A qué se dedica?

—A lo mismo que él.

A la admiración se mezclaba ya coquetería. La mocosa le miraba de frente, fijo, tiraba los hombros hacia atrás y jugueteaba con el vaso.

En tono maternal, como si la vida ya no encerrase secretos para ella, declaró:

—Mal oficio. Sobre todo si se tiene tan poca cabeza como él. No me hizo caso y…

—No soy un bebé. A mí no me hubieran pescado como a ellos.

—Habría sido igual. Tarde o temprano tenía que ocurrir. No es posible escapar a la venganza. Quien les traiciona, muere.

—¿«Pimples» les traicionó?

—Separarse de… los otros es una traición. Y él lo hizo.

—¿Por qué?

—Porque era ambicioso. Quiso todas las ganancias para si, sin entregar la parte a la organización. Decía que estaba cansado de trabajar para vampiros. Los chicos le querían y le siguieron cuando se independizó. Formaron *gang* por su cuenta. Él continuó siendo el jefe.

—Ése no es motivo para cargarse a los doce.

—«Pimples» se llevó con su grupo a las mejores chicas. Incluso se quedó con la última remesa de mercancía. Había más de cien mil dólares en cigarrillos preparados.

—¿Y las chicas?

—Volverán con ellos. Saben lo que les espera si no lo hacen. Cuando alguna ha querido trabajar por su cuenta, o huir, no se ha vuelto a saber más de ella. Los ojos de la organización lo ven todo. Sus brazos llegan a todas partes.

Bob calló. No quiso preguntar más. Esperaba a que «Pup» prosiguiera, pero no lo hizo. Parecía como si sus propias palabras la hubieran asustado. En vista de ello decidió darle cuerda larga. Únicamente quería asegurarse de que la volvería a ver. Un bien simulado desinterés y estratégicos silencios de vez en cuando, hacen hablar a las piedras. Y las mujeres hablan antes, mucho antes que las piedras.

Se fueron.

Al llamar un taxi, Bob experimentó la extraña sensación de que alguien le miraba fijamente. Se volvió con rapidez. Un hombre leía el periódico, abstraído, apoyado en una farola. Dos más discutían acaloradamente a pocos pasos. Dos mujeres se aproximaban por detrás de él, y un poco más lejos se veía algún que otro transeúnte.

Se recriminó por su suspicacia y abrió la portezuela, invitando a la chica a entrar.

—¿A dónde te llevo?

—A casa. Estoy cansada.

—Tú mandas.

La chica dio la dirección al taxista. Y fue ella quien abordó el tema de la próxima cita.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Nueva York?

—Psche… Quizá un mes. Me gustan los rascacielos.

—Nos veremos.

—De acuerdo.

Ella le apretó el brazo que le tenía cogido y ya no dijeron nada más en todo el trayecto.

Llegaron. «Pup» se despidió con una insinuación de beso. El periodista, mentalmente, tomó nota de la casa eh la que la chica se metía.

Al arrancar el coche lanzó una nueva ojeada para dedicarle un último adiós con la mano. Otro taxi se había parado frente al portal. De él descendía un tipo que sin vacilar se metió tras la muchacha. Bob pensó que aquel sombrero y aquella trinchera los había visto antes. Por un momento pensó si no sería el polizonte que Freddy Marone había puesto para vigilar a la chica.

De pronto, aunque ya no lo veía, un detalle de la imagen visual formada en su retina le hizo dar un salto en el asiento. ¡El tipo aquél llevaba un periódico bajo el brazo!

Bob se acordó de la salida del bar y del hombre que leía el diario apoyado en la farola. Instantáneamente sacó la conclusión de que un policía con la misión de vigilar a «Pup» no la habría seguido hasta dentro de la casa. Se hubiese quedado en la calle.

Había algo raro en aquello, algo que le hizo ordenar al chofer:

—Dé la vuelta. Aprisa. Vuelva a la casa donde dejamos a la muchacha.

Cuando llegaron, el otro taxi se había marchado ya.

Del portal salían los chillidos histéricos de una mujer. Algunos vecinos acudían.

Bob saltó del coche y en dos zancadas se plantó en la entrada. En el suelo, al pie de la escalera, yacía cruzado un cuerpo femenino. El periodista lo reconoció por los vestidos. Era Norma. Le dio la vuelta. Aplicó su mano al costado. El corazón estaba quieto ya. Había muerto.

Bob se volvió a la mujer, que seguía gritando sin moverse del sitio.

—¡Avise a la policía y deje de chillar!

La mujer no le oyó. Fue hacia ella y le arreó dos cachetes. Dejó de chillar entonces. Le miraba con los ojos muy abiertos y una mano en la mejilla.

—¡Avise a la policía, imbécil!

La mujer salió a la calle. Por la escalera bajaba gente. Antes de que empezaran a importunarle, Bob tuvo tiempo de darse cuenta de que no había rastro de sangre en el cuerpo de Norma. Aquella muerte no la había causado bala ni cuchillo. Unas rojeces en el cuello aclararon la causa: estrangulada, desnucada acaso.

Habían sido rápidos. ¿Quiénes? Los «otros». Aquellos de quienes la muchacha había dicho que tenían ojos en todos los sitios y cuyos brazos alcanzaban a todas partes. En efecto, era así, preciso resultaba reconocerlo. Habían quitado de en medio al primer testigo antes de que Bob pudiera darse cuenta del color de sus pupilas. La chica no había exagerado.

El policía llegó al fin. Apartó a la gente. Miró a la muerta, e inmediatamente sopló en su silbato para llamar a un compañero.

Llegó el compañero, y salió a la carrera hacia el teléfono más próximo.

A los diez minutos comparecieron los del Departamento de Homicidios, y media hora más tarde, Bob Rogers estaba declarando ante su amigo Freddy Marone.

—Eso es todo cuanto sé. La chica no pudo decirme más; parecía tener miedo de haber dicho ya demasiado. Luego salimos, y noté la presencia de aquel tipo apoyado en la farola, leyendo el periódico. Pero no le di importancia hasta que le vi entrar en la casa tras ella.

—¿Y no corriste en su persecución?

—¿Por qué había de hacerlo? A mi llegada se había esfumado,

es verdad. Pero también es verdad que no soy un polizonte ni llevo pistola. El tipo despachó a «Pup» en un santiamén. Y desapareció como un fantasma.

—¿Conclusiones?

—¡Yo qué sé! La muchacha me habló de vaguedades. Lo único cierto y claro parece ser que los chicos murieron porque se habían separado de cierta organización y habían formado un *gang* aparte con «Pimples» por jefe.

—¿Un *gang* de qué?

—Por lo que se ve, drogas y algo más… La chica me habló de unos *cigarrillos preparados* por valor de cien mil dólares, que se había llevado el *gang* al separarse.

—La cosa está clara, entonces.

Bob Rogers reflexionó un segundo y comentó, preocupado:

—Para mí no.

—¿Por qué?

—¿Qué pintaban en un *gang* de esta clase chicos como el de Erikson, el naviero, el de Morris, Seymour y demás? Chicos que en sus casas tenían cuánto dinero podían apetecer, ¿qué cuerno hacían traficando con drogas? Esto sólo lo hace quien necesita pasta.

—Buscarían emociones.

—Pero no a costa de pasarse treinta años en presidio si los pescaban. No. Eso no basta. En este asunto hay algo que nosotros no sospechamos siquiera.

El periodista calló un instante para encender un cigarrillo y prosiguió:

—No es el primer caso en que te has encontrado con un *gang* juvenil. Pero ¿a qué se dedicaban? A romperse la crisma en Central Park con palos, piedras y algún que otro cuchillo o pistola. Los ha habido entre ellos de la mejor sociedad; pero no pasaban de intentar descalabrar a los de la banda rival por el puro placer, tan sanguinario como se quiera, de causar daño. Pero vender marihuana no es lógico que lo hicieran quienes disponían de más dinero que el que pueda proporcionar tan sucio negocio.

Callaron unos instantes. Esta vez fue Freddy Marone quien reanudó el diálogo:

—Hay un detalle que desconoces. Lo supe esta mañana. En el informe del forense figura algo que me trae de cabeza.

—Desembucha de una vez. ¿Qué es ello?

—Todos los fiambres estaban drogados hasta la saturación. Chicos y grandes: Cocaína y morfina. Eran habituales de estas drogas. El análisis no deja lugar a dudas. Un ciego habría encontrado mandanga en la sangre, sólo con olería. Hasta el chiquillo de quince años. Todos sin excepción. La debían tomar con manguera, Por la concentración en la sangre y por los estragos causados en las vísceras, haría ya tiempo que se la suministraban. No les debía ser difícil comprarla a buen precio.

—¿Esos críos? —preguntó Bob en tono dubitativo.

—Sí, esos críos… Degenerados completamente. Y pensar que yo a los cuarenta años…

Bob Rogers no dejó que su amigo se lanzara por el camino del sentimentalismo. No le permitió terminar.

—Sí, ya sé. A tus cuarenta y cinco no has llegado más que hasta el bistec con patatas por el camino de los paraísos artificiales.

Y se marchó.

Había tenido una idea y no podía perder tiempo si quería pescar un nuevo pez. Anochecía: era la hora propicia para la pesca. Porque no se trataba de un pez de río ni tampoco marino. Era una clase de pez que nada en las pistas de los *dancings*.

Quería ver, antes de que sus amigos la retirasen de la circulación, a la novia del difunto Dingo Lecoq, el *gángster* que le dio gusto al dedo agujereando cuerpos infantiles.

La idea la tuvo antes de entrar en el despacho de Marone, desde que se había enterado de que Harén Oaks deleitaba a los asiduos del «Banana Club» con sus canciones y su equívoca hermosura.

Bob Rogers fue primero en busca de su coche.

Luego, al «Banana».

CAPÍTULO IV

Cuando Rogers logró aparcar su «Mercury» eran ya las nueve y media, y la clientela, en el club, todavía escasa.

La orquesta lloraba un «*blues*» quede, lento, adormecedor. Karen Oaks, sola, construía una torre de cerillas en el extremo más alejado de la barra. El periodista la comparó mentalmente con la fotografía que en la entrada anunciaba sus actuaciones. A la estereotipada sonrisa captada por el fotógrafo oponía ahora una expresión de infinita tristeza. Parecía bebida, con la típica borrachera de quien aguanta bien el alcohol.

No la tuvo que mirar dos veces para calificarla de «estupenda». Su expresión doliente y abstraída la hacía aún más interesante, aunque, bien es verdad, no variaba en nada su perfecta construcción. Materiales de primera, distribuidos por un arquitecto inteligente y conocedor del gusto de los hombres. Un vestido de noche acentuaba todo lo acentuable. Su corto cabello de plateados reflejos era una pura tentación a la caricia. Los ojos, cuando los alzó para pedir algo al barman, tenían dimensiones y reflejos de océano. Los labios, estrechados por el amargo rictus, no lograban disimular que en posición normal tenían el grosor y la morbidez de las cerezas maduras.

Bob Rogers no era un conquistador. En el fondo era un tímido; muy en el fondo. Sentía cierta inseguridad al abordar a una mujer; pero sabía que en la guerra, en el boxeo y en el amor la sorpresa es un factor decisivo, y a ella se encomendó.

Anduvo hasta el extremo del bar y se sentó en el taburete más próximo al de la muchacha. Fue ésta, sin embargo, quien habló primero.

—Hay muchos taburetes en el bar.

—Eso veo.

—Y muchos están vacíos.

—En efecto, muchos están vacíos. No hace falta que me vaya diciendo cosas que hay en el bar: veo bien un camarero, muchas botellas, varios tipos medio borrachos, algunas chicas, no muy guapas por cierto, y hasta un pisaverde que no le quita a usted ojo… ¿O forma parte de su trabajo servir de cicerone a los novatos que por primera vez pisan el local?

La chica pasó al método directo:

—Quiero decir que no me hace ninguna gracia que se siente a mi lado.

—No soy imbécil. Ya lo he entendido.

—¿Y por qué no se va al infierno de una vez?

Al decir esto iba a colocar una nueva cerilla en la torre que estaba construyendo, y un falso movimiento de la mano la derrumbó. Bob aprovechó la ocasión para responder:

—Porque está usted muy nerviosa y creo que necesita compañía.

—Y, a lo que parece, usted también. Puede elegir cualquiera de las chicas que se aburren solas.

—Pero la he elegido a usted, precisamente.

—Pues se equivoca.

—¿Por…?

—Yo no soy una de tantas.

—De acuerdo. Por eso estoy aquí.

En el fondo, la vanidad de ella quedó halagada. Pero iba a responder aún cuando el barman interrumpió la conversación con su presencia.

—¿Desea?

—Un *whisky* doble con mucho hielo.

—¿Y para la señorita?

—Nada…

El barman y la muchacha se miraron. Luego, ella atisbo por el rabillo del ojo a su vecino. Y éste, sin inmutarse, prosiguió dirigiéndose al camarero:

—No me gusta que rehúsen mis invitaciones. Y ella se disponía a hacerlo.

—Es usted muy listo. ¿Cómo lo ha adivinado? Pero ahora me apetece… Un «Manhattan».

—Que irá a su cuenta, porque yo no invito. Me gusta aún menos que la gente se invite sola.

Karen Oaks acusó el golpe con un ligero crispamiento de manos, pero supo callar. Él tampoco dijo nada. Encendió un cigarrillo y esperó la bebida. Cuando la tuvo removió enérgicamente el vaso y dio un largo sorbo. Ella bebió también.

Sonriendo maliciosamente, Karen se burló:

—¿En qué película aprendió el papel de duro con las mujeres? Su método está un poco pasado de moda.

Sin inmutarse, Bob atacó a su vez:

—¿Era acaso más nuevo el método de Dingo Lecoq?

Ella palideció intensamente. En sus ojos se leía la sorpresa. Bebió un buen sorbo de su vaso antes de responder, pero no pudo ya hacerlo: el botones la llamaba a escena.

Y se fue. Como una estela de extraño perfume, quedó flotando en el aire su singular mirada.

La orquesta inició un nuevo «*blues*». Un proyector trazó su círculo de luz blanca sobre la pista. Las luces del salón se extinguieron casi por completo. La melodía llenaba el local con su ardiente murmullo amoroso.

Karen salió. Entre sus manos estrechaba el soporte del micro; cuando comenzó a cantar, se abrazaba a él como si fuera un ser viviente. Estaba mucho más fascinante que vista de cerca. Sus cabellos eran más brillantes en su tono plateado. Sus ojos, más sombríos, lanzaban como un rayo verde. Su voz, más sorda y patética, pronunciaba las palabras del canto muy quedamente, muy profundas; salía de sus labios carnosos como si proviniese de lo más profundo de su entraña.

La concurrencia seguía su actuación en una especie de éxtasis. A veces, ella cerraba los ojos y su canto se volvía arrullo. Entonces una extraordinaria voluptuosidad agitaba todo su cuerpo, propagándose como una descarga eléctrica por entre las mesas.

Karen salía de la pista. Seguida del círculo del proyector se acercaba a sus admiradores y les dedicaba las ardientes frases de la canción hasta hacerles remover en su asiento inquietos y emocionados. Los hombres, e incluso las mujeres, no podían reprimir un escalofrío cuando su voz sonaba tan cerca.

Bob Rogers, en el taburete del bar, fascinado por el encanto de

la mujer, se preguntaba cómo aquel ser extraordinario había podido caer en manos de un tipo como Dingo Lecoq y enamorarse hasta el punto de haber sido la única en reclamar su cadáver, cuando ya nada había que temer de él.

El pisaverde, que no apartara ojo de la muchacha cuando estaba sentada en la barra, ocupaba ahora una mesa en la pista. Se le veía completamente absorto en su contemplación. Pero el periodista pudo observar que ella no se dirigía hacia aquel lado ni una sola vez. Parecía como si lo evitase. Ahora le venía a la memoria que, cuando antes se lo señaló, no le agradó que también él hubiera notado aquel cerrado asedio.

Era un tipo que vestía con pulcritud exagerada. No faltaba el menor detalle en su indumentaria, y sin embargo no resultaba elegante. Había algo en él que deshacía el rebuscado equilibrio. Algo afectado, falso, de disfraz prestado. Parecía el maniquí de cartón piedra de un escaparate de barrio, con su traje excesivamente nuevo y bien planchado, con el cuello tieso de camisa que jamás ajusta.

La canción acabó y un cantante de color ocupó el puesto de Karen en la pista. Cuando ella se dirigía al bar, el pertinaz admirador le salió al paso y la cogió del brazo, hablándole acaloradamente. Karen se desasió casi con violencia y fue a buscar refugio en la barra, junto al periodista.

El pisaverde se marché al otro extremo y, desde allí, se la quedó mirando fijamente.

Al Llegar, ella dijo con una sonrisa:

—Ya ve que no soy rencorosa.

Bob se sorprendió de aquel cambio tan radical. Pero pronto se dio cuenta de que en él había influido la actitud del pisaverde. En la frase algo sonaba a falso.



—Lo que veo en realidad es que quiere matar dos pájaros de un tiro. Satisfacer su curiosidad y quitarse aquel pelmazo de encima. Tiene mucha mano izquierda. Aunque conmigo no le valió.

—Ha sido un caso de simple elección entre dos pelmazos. Usted parece el menos peligroso.

—Gracias… Y ahora pregunte lo que quiere saber.

—Lo haré… —Bajó la voz—, pero no aquí. Luego hablaremos. Cuando acabe mis actuaciones.

El fantasma de Dingo Lecoq flotaba en aquel corto diálogo, aun sin haber sido pronunciado su nombre.

—Hablar del tiempo es muy aburrido. ¿Quién es ese imbécil que no le quita ojo?

—¿Y a usted qué le importa?

—Si admite un consejo, le diré que con haber contestado que no lo sabía hubiera quedado como una dama. Con esa respuesta no la veo en el lugar donde yo la había colocado.

Como excusándose, ella explicó:

—Creo que es el gerente de una importante compañía de patentes… de informes técnicos para empresas… O algo así. Eso me explicó un día. Un sudamericano de nombre raro: Sandro Morato.

—Parece muy enamorado.

—Ese cretino no es capaz de enamorarse más que de sí mismo. ¿Me permite que deje de referirme a él?

La conversación siguió por otros derroteros hasta la nueva actuación de la muchacha.

Aquella noche, pasadas las doce, un verdadero alud de aplausos saludó el fin de las actuaciones de Karen. La insistencia de sus admiradores la hizo salir de nuevo para cantar, seguida del proyector, un último «*blues*».

Luego se metió en el camerino, y a los quince minutos salía por la puerta lateral. Dirigió un último saludo a los muchachos de la orquesta y se encaminó a la calle. Antes miró hacia el bar y Bob comprendió la invitación muda de que la siguiera discretamente.

Desmaquillada, con su vestido apenas cubierto por un abrigo echado sobre los hombros y el cabello recogido por un pañuelo a guisa de turbante, salió seguida por las miradas de los ya escasos clientes.

Pero también la siguió el sudamericano. Y tras él, a no muy prudencial distancia, Bob Rogers.

La muchacha esperaba a diez metros de la puerta, en la misma esquina. El viento, que venía del río cargado de humedad, le hizo levantar el cuello de su abrigo.

El sudamericano iba rápido hacia ella. Bob le pisaba los talones.

El periodista vio entonces un charco junto al bordillo, pensó en

lo ridículo que estaría aquel gomoso mojado como un pollo ahogado, y en dos zancadas se puso a su lado y le echó la zancadilla. La prisa del hombre, ya que no la fuerza de Bob, fue causante de una aparatosa y ridícula caída. Bob se excusó:

—Lo siento.

Las palabras de indignación del hombre sentado en el agua, ya no las oyó. Estaba hablando con Karen, que reía en susurros.

—Vamos. Tengo el coche a la vuelta de la esquina.

El «Mercury» arrancó y continuó calle abajo, en dirección al río.

—¿A dónde vamos? No me gusta hablar con las manos en el volante.

—Elige tú.

El periodista aventuró:

—A mi casa, entonces.

—Sea.

Un coche negro pasó rozando el «Mercury» al enfilar éste la calle en contradirección. Al volverse, en gesto maquinal, Bob vio que el otro daba la vuelta sin hacer caso de la dirección prohibida, como él tampoco lo había hecho.

Les seguían. Estaba claro. Les seguían sin el menor disimulo.

Los rasgos de su compañera, al darse cuenta, se habían endurecido hasta formar una máscara.

Bob apretó el pedal a fondo, y el coche dio un salto hacia adelante. En la calle principal, la circulación era más intensa por ser la hora de salida de los espectáculos.

Sin armas, su salvación estaba en entrar pronto en las grandes avenidas. Bob se felicitó de no haber seguido su primer impulso de buscar la otra ribera del Hudson, hacia las solitarias carreteras bordeadas de fincas señoriales, donde el diálogo se hace íntimo.

El coche negro había acelerado también y le seguía de cerca. A cinco metros escasos. Por el retrovisor pudo ver que en la delantera iban dos hombres.

—Mira hacia atrás —ordenó a la muchacha—. ¿Conoces a alguno?

Karen obedeció.

—Uno de ellos parece Sandro Morato. Al otro no le veo bien.

Bob alcanzó una velocidad endiablada para el interior de la ciudad. El otro le imitó.

A media manzana, antes del cruce de la primera avenida, el periodista metió el brazo debajo del *tablier* y agarró el freno de mano.

—Apoya bien los pies.

Accionó los dos frenos a un tiempo. Primero lentamente, luego a fondo. La mano izquierda bien sujeta al volante.

El «Mercury» perdió velocidad, se apartó a la derecha y marchó treinta metros sobre sus ruedas inmóviles, que despedían humo.

Los perseguidores, que no sospechaban la atrevida maniobra, pasaron como una centella por la izquierda. Cuando en la manzana siguiente quisieron frenar, Bob Rogers había virado hacia la izquierda y se metía en la avenida.

El periodista expelió ruidosamente el aire de sus pulmones.

—¿Qué podía querer ese tipo a estas horas?

—Quizá vengarse del baño. O simplemente, saber tu dirección, para hacerlo otro día. El baño fue innecesario. Yo te había citado primero a ti.

—Quise evitar que te arrepintieras a última hora. Contrincante en ridículo es enemigo vencido. Al menos, ante una mujer.

Cuando enfiló Riverside Drive, donde tenía su apartamento, le pareció ver una vez más otro coche en el que ya había reparado por el retrovisor. Pero pensó que aquello estaba rayando ya en manía persecutoria y siguió adelante hasta dejar el «Mercury» en el aparcamiento más cercano al número 898, que era el suyo.

El coche en cuestión pasó de largo. Iba ocupado por dos tipos a quienes las luces del *tablier* hacían siniestra la cara.

Bob Rogers conocía los pequeños placeres que ama una mujer, e indicó a Karen al entrar en su casa:

—Quítate el abrigo. También los zapatos. El sofá es tuyo. Si quieres buena música, dale al interruptor del tocadiscos. Hay puesta una docena bien escogidos. Estás en tu casa. Yo prepararé entretanto algo de beber.

Cuando salió de la cocina con la coctelera y las copas, la muchacha se había instalado a su gusto. Había tomado al pie de la letra el ofrecimiento.

Tumbada indolentemente sobre el sofá, sin zapatos, fumando un cigarrillo del que expelía voluptuosas bocanadas de humo, escuchaba con placer visible la música que a través del altavoz

llenaba la estancia de vibraciones adormecedoras. La luz incluso había sido aminorada por ella misma. Una pantalla de pergamino tamizaba la única bombilla que quedaba encendida.

Bebieron en silencio. A pesar de no llevar maquillaje, los ojos de Karen seguían siendo tan inquietantes como bajo el reflector de la pista. Su misterioso brillo verde tenía algo de serpiente al acecho.

—Hablemos —empezó Bob—. ¿Qué era lo que no podías decirme en el «Banana»?

Ella sorbió otro trago, dio una última chupada al cigarrillo y lo aplastó con saña en el cenicero. Luego habló. Su voz profunda parecía acordarse con la música del tocadiscos.

—¿Quién eres? ¿Por qué dijiste que fui la novia de Dingo Lecoq?

—Yo no dije tanto.

—Pero lo insinuaste. Eres un policía.

Bob acabó con tranquilidad su sorbo de cocktail, dejó la copa sobre la mesa y miró largamente a la muchacha.

—No seas ingenua. Un policía no puede permitirse el lujo de pagar por un apartamento como éste dos veces más de lo que cobra al mes de sueldo.

—¿Entonces… quién eres y qué quieres? Sólo un policía…

Y se calló. Iba a decir algo, pero se arrepintió y dejó la frase en el aire.

El periodista acabó el pensamiento que aquellos ojos verdes no pudieron ocultar:

—Sólo un policía puede decirte lo del noviazgo, porque ésa fue la historia que contaste en la Morgue para que te entregaran el cadáver de Dingo. ¿No es así? ¿Quién te encargó que lo hicieras, pues?

—Nadie.

—¿Nadie? No lo creo. ¿Qué interés podías tener por el fiambre de ese asesino?

A Karen se le nubló la vista. Después, un rayo de odio brilló en sus extraordinarios ojos.

Aquello era toda una confesión. La muchacha mentía. El insulto la había alterado visiblemente. Pero Bob no pudo deducir nada más. ¿Qué representaba Dingo Lecoq en la vida de aquella extraordinaria mujer? No podía saberlo. Pero era bien cierto que algo debía haberlos unido en vida.

Una sonrisa de escepticismo bailaba en los labios de Bob antes de llevarse de nuevo el vaso a la boca.

—¿Así que Dingo no era tu novio?

La respuesta fue cortante, seca, rotunda:

—No.

—No lo creo.

—Puedes creer lo que quieras. Me importa un bledo tu opinión. No seré yo quien te saque de dudas.

Karen había recobrado su aire belicoso. Tenía algo salvaje su belleza cuando el genio se le subía. A solas en el apartamento, ante una mujer íntegra, soberbia, conocedora del poder de sus encantos, felinamente agresiva, Bob sintió en su sangre una ancestral llamada de dominio, una brutal necesidad de abofetear a aquella arrogante criatura. Pero se dominó. Sólo sus palabras fueron lo violentas que hubieran sido sus acciones.

—¿A qué viniste conmigo, entonces? ¿Buscabas dinero? —La imitó con voz desdeñosa—: No soy una de tantas. Soy *Madame* de Pompadour rediviva. Un beso mío vale mil dólares y sólo un abrigo de visón me hace bailar mejilla contra mejilla con mi galán.

Los ojos de ella despedían llamas. Pero Bob continuó:

—Es muy viejo el método. Ya no sirve más que para los ingenuos ricachos del Oeste.

La mano de Karen rasgó el aire en dirección a la mejilla del periodista. Bob la vio a tiempo y la atrapó antes de que llegara a su claro objetivo. La retorció sin contemplaciones y Karen se aproximó instintivamente para evitar la torcedura. El brazo del hombre rodeó su espalda, y la mano se aferró a sus cortos cabellos impidiéndole todo movimiento. Paralizada por la sorpresa, ella no resistió. Veía la cara de él junto a la suya, sentía su respiración sobre los labios; la mirada de acero, fría, cruel, parecía traspasar sus ojos y metérsele hasta el fondo de su ser. El gesto, la mirada, el enérgico rictus que dibujaba la boca varonil y una especie de magnetismo brutal que la envolvía la habían dejado sin voluntad. Parecía un niño esperando el castigo de su maestro.

Bob hubiera podido besarla, abofetearla, hundirle el cráneo de un puñetazo sin encontrar la menor resistencia. Un alarido de victoria cosquilleaba en su garganta ante aquella presa vencida.

Y sin embargo la soltó. Sin volver a mirarla atrapó su copa, la

llenó hasta el borde, le dio la espalda y se fue hacia el teléfono.

Karen había quedado inmóvil en la misma postura. Sólo sus ojos seguían al hombre en sus pasos por la habitación. De su mirada, de su gesto, había desaparecido la agresividad, para dejar sitio al asombro.

Bob marcaba un número. Tras vaciarla de un trago, depositó la copa sobre una mesita y encendió un cigarrillo. Habló:

—Hola, Joe. Soy Bob Rogers. Pasa a recoger mi coche por el 898 de Riverside Drive. Tiene los frenos quemados y los neumáticos a punto de reventar. Me he dedicado esta tarde a patinar con él.

Escuchó un momento y añadió:

—Lo necesito para mañana temprano. Habrá buena propina. ¡Ah…! Tráete la llave. Estoy muerto de sueño. No quiero que me molesten. Adiós.

Hubo un violento silencio entre él y la mujer. Los discos se habían terminado. Sólo el humo de los cigarrillos daba una idea de vida a la tenue luz de la lámpara.

Ella fue la primera en hablar. Su voz tenía incluso dulzura. En la pregunta que le dirigió había mucho de reconvención:

—¿Por qué me abordaste en el club?

Fríamente, Bob contestó:

—Pura curiosidad de ver cómo era realmente una cantante que trae locos a los hombres.

—¿Por qué nombraste a Dingo? ¿Pura curiosidad también? ¿Cómo llegaste a saber que yo dije a la policía que era mi novio?

—Empate a uno. Lo sabrás cuando yo sepa el verdadero móvil de tu interés por él.

Karen aceptó el símil deportivo:

—Fin del partido entonces. ¿Me acompañas a casa?

—Tendrás que tomar un taxi. Mi coche está para el arrastre.

Ella buscaba con la vista los zapatos.

—No tengas prisa. A esta hora son raros los taxis por la calle. Llamaré uno por teléfono. Podemos tomar una copa aún. Tardará en venir.

Ella aceptó en silencio. Sin embargo, a pesar de que no quedaba violencia entre ambos, Bob se dio cuenta de que su batalla, tan limpiamente ganada, iba a ser poco fructífera. Insensiblemente, ella se iba alejando y metiéndose de nuevo en su extraño mundo.

Bebieron. Lejos. Uno frente a otro, con la mesita por medio.

Al fin, Bob fue de nuevo hacia el teléfono. Necesitaba tiempo. Aquello no podía quedar así. Al menos, su primer propósito, el de saber algo del «*affaire*» que tenía entre manos debía ser cumplido. Había que abordar el tema y tratar de sacar algo en limpio de las extrañas relaciones de Karen y Dingo Lecoq. Aquella mujer tenía que ver algo con el asesino de los muchachos, y él debía intentarlo todo para descubrirlo. La imagen de los chicos asesinados se sobrepuso al maravilloso panorama de la criatura inquietante que le miraba desde el otro extremo del cuarto de estar.

Descolgó el teléfono y marcó su propio número. Naturalmente no obtuvo comunicación, pero habló como si lo hiciera con la Compañía de Taxis.

—Manden un coche a Riverside Drive 898. Llamen al apartamento 247.

Aquello significaba una prórroga en el *match* que estaba librando con su testigo número dos. Tenía al menos quince minutos. Transcurridos éstos habría que llamar de nuevo, y esta vez de verdad.

Karen volvió a poner en marcha la radiogramola. La música dulcificó la tirantez. Ella escuchaba atentamente, con la copa en la derecha y el cigarrillo entre los dedos de la izquierda. Bob Rogers acechaba el momento de reanudar la conversación en términos más cordiales.

El periodista preguntó de sopetón:

—¿Conoces a Norma, la amiga de «Pimples»?

—No. A ninguno de los dos.

—Entonces te contaré una historia.

—Hace años que los hombres me las cuentan. Una más podré aguantarla, creo yo.

—Apea el cinismo, muñeca. Esto es muy serio. Tal vez te vaya en ello la piel.

Ella tuvo un ligero estremecimiento. Bob continuó:

—Tu amiguito Dingo ametralló a una docena de críos y no dejó a uno vivo. Claro que ellos no eran tampoco mancos y lo liquidaron a él. A uno de los chicos lo llamaban «Pimples», y a su novia, Norma, la llamaban «Pup». Yo la conocí en el entierro del chico, que pagué de mi bolsillo. Esto nos hace tener algo en común.

La mirada de Karen se ensombreció, pero no dijo nada. Bob tomó buena nota de ello y prosiguió:

—Pero no era ésta la historia que te quería contar. Norma habló conmigo un par de horas. Diez minutos después de dejarla yacía boca abajo, estrangulada, en la misma entrada de su casa. Quería hacerle una serie de preguntas como las que te he hecho a ti. Por eso la mataron.

—¿Qué insinúas con eso?

—Sencillamente, que yo puedo protegerte si te confías a mí. Tengo métodos para hacerles perder el rastro…

Bob no pudo acabar la frase. Pareció como si la casa se viniera abajo. Una espantosa explosión sacudió cristales y lámparas.

Pero el edificio no voló. El ruido provenía de la calle.

Karen se había levantado de un salto y estaba de nuevo en los brazos del periodista. Éste, sin contemplaciones, la apartó de sí y se lanzó hacia la ventana. Ella le siguió.

En la calle, el «Mercury» que los trajera una hora antes, ardía como una antorcha. Estaba despanzurrado, subido a la acera.

Sin preocuparse de la muchacha, Bob salió al rellano y llamó el ascensor. Cuando llegó a la calle había ya varias personas alrededor de lo que quedaba de su automóvil. Inmóviles, contemplaban el espectáculo sin poder intervenir.

¡Y qué espectáculo! Dentro del coche envuelto en llamas, la figura horriblemente contorsionada del chico del garaje se carbonizaba sin remedio. Ardía como un espantoso chicharrón.

Karen, sin atreverse a avanzar, asistía al incendio desde la puerta del edificio. Bob Rogers la vio allí durante una fracción de segundo. Pero no era ella lo que le preocupaba.

La mente del periodista trabajaba a ritmó febril.

Sandro Morato, el sudamericano; el coche que los siguió a la salida del *dancing*, tripulado por el pisaverde; el otro coche que le pareció haber visto tras ellos, cerca de su casa, y por fin la explosión e incendio de su «Mercury»; todo había ocurrido en un espacio de tiempo demasiado breve para no tener una común ligazón. Y más después de la muerte de Norma, dadas las circunstancias en que se había producido.

No le cabía la menor duda de que alguien debió poner un explosivo en el coche, conectado al contacto, mientras él estuvo en

su apartamento con Karen. Ningún accidente ni avería provoca una explosión tan característica y fuerte en un automóvil parado.

Era un atentado en toda regla. Directamente preparado contra él. Y contra Karen también. De haber tenido éxito hubiera matado dos pájaros de un tiro. Eliminaban a un testigo quizá peligroso y a un fisgón, más peligroso aún.

Aquellos tipos obraban con rapidez. Sabían quitar limpiamente de en medio a quien los molestaba. Primero Norma, luego Karen, y hasta a él mismo. En su interior, algo muy parecido al miedo le aconsejaba tomar precauciones.

De pronto se acordó de Karen y se volvió hacia la entrada del edificio.

Karen no estaba ya allí. Había desaparecido.

El periodista buscó inútilmente por los alrededores. No encontró ni rastro.

Nadie había reparado en la muchacha. Atentos al incendio, nadie se habría percatado ni de que era sacada de allí a la fuerza.

Esta última posibilidad, en forma de fugaz pensamiento, le puso a Bob Rogers los cabellos de punta. La idea de encontrar aquella maravillosa mujer en las trágicas circunstancias en que encontró a Norma le helaba la sangre.

CAPÍTULO V

Eran ya las nueve cuando Bob Rogers llegó al Despacho de su amigo Freddy Marone en la Brigada de Homicidios de la Metropolitana. Ojeroso, pálido, el periodista presentaba todas las señales de haber dormido poco y bebido en demasía. Su amigo debió pensarlo así, porque saludó:

—¿Qué celebraste anoche? ¿El día de la Independencia por adelantado?

—No, y lo siento. Los estragos son debidos a algo tan malo como la borrachera: el trabajo.

—¿De qué clase?

—Del que no te imaginas. Una noche en la redacción y un duermevela sobre la máquina de escribir ele un par de horas. Eso es todo.

—¿Todo?

—Todo no. Hay noticias. Karen Oaks desapareció ante mis narices, anoche, antes de que me hubiera dicho nada interesante. ¡Ah…! Y dos intentos de liquidarme. Supongo que del segundo, con fuegos artificiales y todo, estarás enterado. La chatarra que ha quedado de mi coche no vale dos centavos.

—Deducciones…

—No lo sé. Sólo sé que el baile se anima demasiado para el poco tiempo que llevamos en él.

Bob hizo una pausa, encendió un cigarrillo y comentó:

—Localizo a la novia de «Pimples», me la meto en el bolsillo a costa de pagarle el entierro a su golfo, y cuando apenas ha soltado la lengua y empieza, a decir cosas interesantes, se la cargan al volver yo la espalda unos instantes.

El periodista aspiró una gran bocanada de humo y la expelió con

fuerza. Continuó:

—Sigo otro rastro, doy con Karen Oaks; las cosas marchan y de pronto la nueva testigo desaparece de la circulación en el momento que la perdía de vista para contemplar el triste espectáculo de mi coche convertido en antorcha. Y todo ello, para darle más emoción al asunto, salpimentado con dos intentos de despacharme por la vía rápida.

—Para no haber sacado nada en limpio aún, no está mal.

—¿En limpio? Hay tanto barullo en mi cabeza que no quiero ni pensar. Seguiré haciendo de cebo y esperaré a que vayan ocurriendo más cosas; a ver si de una vez deciden equivocarse y encuentro algo que ligue.

—Según tu último reportaje, parece que tengas ya la solución. Al menos lo das a entender.

—No seas incauto, Freddy. Algo hay que decir para no pasar por tonto. Todas mis insinuaciones son un vano intento de hacer salir al zorro de su madriguera y ponerlo nervioso. Nada más. Escribiendo la verdad, mis reportajes serían así efe absurdos, como los hechos: «MUEREN AMETRALLADOS DOCE MUCHACHOS DE NUESTRA MEJOR SOCIEDAD», «*Porque jugaban a gangsters y el hampa se asustó de la competencia*». O este otro: «CHICA DE DIECISIETE AÑOS ESTRANGULADA», «*Porque dijo a un periodista que su novio era muy ambiciosos*». O quizá éste: «ESTALLÓ UNA BOMBA EN MI COCHE. INTENTABAN ENVIARME AL INFIERNO PORQUE INVITÉ A CHAMPAÑA EN MI APARTAMENTO A UNA MUJER». O tal vez sea más lógica esta consecuencia: «PORQUE TROPECÉ CON UN PISAVERDE AL SALIR DEL CLUB BANANA».

Freddy Marone reía como si tuviera poco menos que la clave de todo aquel embrollo. Pero lo cierto era que la investigación no había avanzado nada y estaba como al principio. Dudas, vacilaciones, desconocimiento total de quién o quiénes se le enfrentaban era todo lo que quería ocultar tras aquella actitud despreocupada.

El periodista acababa de darle un par de pistas con las que empezar a investigar: la desaparición de Karen Oaks y la extraña intervención del sudamericano Sandro Morato. Ya tenía ocupación para sus hombres, más prometedora que el simple recurso de un interrogatorio a tontas y a locas de los trescientos sospechosos recogidos en la primera redada por el Barrio del Hambre.

—Me sigue interesando Karen Oaks. Esa muchacha sabe mucho.

—La buscaremos. Pero no te hagas ilusiones de encontrarla viva. Será más probable que aparezca flotando en el río o durmiendo la siesta eterna en cualquier descampado.

—El sudamericano es otro pez interesante.

—No te preocupes tampoco. De ahora en adelante tendrá más de una sombra. ¿Tú qué piensas hacer?

El periodista miró a su amigo como si la pregunta fuera una estupidez. Luego se dignó contestar:

—Dormir. Si me dejan…

Mientras hablaba se había levantado. Con un gesto de la mano se despidió.

—Si hay algo nuevo déjame el recado en el «Chronicle». Adiós.

La tensión de nervios de aquellos días y la noche pasada en vela, no permitían pensar a Bob Rogers más que en su cama. Dormir era cuanto le interesaba en aquel momento.

Al llegar a la calle anduvo hacia la parada de taxis más próxima. No estaba demasiado lejos, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que dos tipos le seguían sin ningún disimulo. Iban a pocos metros detrás de él y se habían detenido en medio de la acera, sin causa aparente, cuando él lo hizo en el quiosco de periódicos.

Probó a detenerse dos veces más en otros tantos escaparates y la pareja de gorilas que le pisaban los talones hizo lo mismo para conservar las distancias. Debían de estar muy seguros de sí mismos y de lo que iban a hacer, porque ni por un momento disimularon ni apartaron los ojos de él. Bob Rogers sacó la conclusión de que no le habían asaltado aún porque la avenida estaba demasiado concurrida. Los rostros de aquellos tipos no admitían lugar a dudas sobre su profesión. En cualquier momento podían comenzar a tronar las pistolas.

Pensó en un taxi para huir. Pero pronto desechó la idea. Nada más fácil que seguirle en otro. Pensó en el metro. El pie metido en las puertas automáticas cuando éstas se cierran, da tiempo a saltar de nuevo al andén cuando ya las otras están cerradas. Es el mejor sistema para dejar encerrados en el coche a los tipos que le siguen a uno. Pero se dio cuenta de que aquel método no iba a servirle en este caso. El hecho de exhibirse en un andén era invitarles a disparar con pocos testigos delante.

Sus planes de fuga quedaron reducidos a esto: a un simple pensamiento. Los dos gorilas obraron. Tan rápida e inesperadamente que el periodista no se dio cuenta de lo que sucedía, hasta que sintió el golpe de una mano posándose en su hombro.

Se volvió. Sus dos perseguidores estaban detrás de él. Uno esgrimía una pistola que rápidamente pasó a hurgar en sus riñones. El otro sacó de su gabardina unas esposas y casó sus manos en un santiamén.

Bob Rogers quiso resistirse. Un empellón, seguido de un terrible golpe en la nuca, le obligaron a dar un traspié, que convenientemente dirigido por sus dos captores le metió de cabeza en la trasera de un enorme «Buik» que en aquel momento había aparcado en la acera. Cuando se quiso dar cuenta, marchaba a toda velocidad por la avenida, flanqueado por dos colosos con cara de pocos amigos y con un conductor que debía saber bien a dónde iban, porque no se volvió ni una sola vez, ni hizo comentario alguno con sus compañeros.

El automóvil atravesó Nueva York como una centella, y se coló bajo el río Hudson por el túnel que lo atraviesa en dirección a Nueva Jersey. Los desconocidos carecían cumplir una consigna de silencio absoluto. Atentos a los menores movimientos del periodista, no soltaban una sola palabra.

Cuando ya iban a salir del túnel, uno de los Sombres sacó una caperuza del bolsillo y la metió sin contemplaciones en la cabeza de Bob. Era negra y muy tupida. La luz no penetraba en ella por el menor poro. Ajustaba al cuello por un elástico de goma y no permitía distinguir la noche del día.

A partir de entonces, el camino seguido fue un misterio para Bob. Se dio cuenta, sí, de que rodaban por una carretera, porque aceleraban fuerte y durante un buen rato no hubo parones de semáforo ni disminución de velocidad. Luego pareció que entraban en un núcleo urbano para pasar pronto a otra carretera. Nada más.

Bob sudaba. La respiración se le hacía difícil a pesar de que el elástico no se ceñía demasiado bien al cuello.

Una vez intentó aflojarse el collarín para dejar entrar el aire. En premio a su tentativa recibió un violento golpe. Desistió. Era más sano seguir sin respirar.

Por fin, el coche aminoró la marcha y se detuvo. Rechinó una verja. Rodaron por un paseo de gravilla. Debían encontrarse en una de las muchas fincas señoriales del distrito de Nueva Jersey. No habían tenido tiempo de ir mucho más lejos.

Siempre con los ojos vendados, Bob Rogers fue conducido al interior de un edificio. Sólo sus pies, por las diferentes clases de pavimento que iban pisando, le daban idea de que le metían por un porche, subían unas escaleras, pasaban por diversas habitaciones y bajaban luego a un sótano.

La bodega debía ser profunda. Habían descendido treinta escalones y el olor a moho y humedad llegaba a través de la caperuza que lo cegaba totalmente.

Por fin se la quitaron.

Una sola bombilla iluminaba la habitación de desnudas paredes de ladrillo. Ni sillas ni muebles ni un solo objeto. La puerta, cubierta de chapa remachada, tenía una mirilla enrejada que acababa de dar a la habitación aspecto de calabozo.

Los dos captores estaban ante Bob Rogers sin chaqueta. Se subían las mangas de la camisa como si la faena que les esperaba fuera larga y les tuviera que hacer sudar. Pero seguían en su obstinado mutismo.

De pronto voló un sopapo. Y la mejilla del periodista lo atrapó al vuelo. Inmediatamente comenzó a llover una serie completa de golpes de toda especie, sin venir a cuento, sin causa aparente. Le arreaban a dúo y sus manos esposadas eran insuficientes para protegerle de aquel alud. Sólo sus pies buscaban afanosos el vientre de sus verdugos y en dos ocasiones obtuvieron una pobre revancha de la paliza que le estaban propinando, al alcanzar su objetivo.

Cayó. Lo levantaron. Volvió a caer un montón de veces. Sólo cuando había perdido la cuenta y la noción de tiempo y de espacio cesó el vapuleo.

Los dos tipos, auténticos colosos vistos desde el suelo, sudaban la gota gorda. Uno de ellos se restregaba la pierna para calmar la patada de Bob en tal parte.

El periodista sintió un cierto alivio al verlo. Pero hubo de arrepentirse, porque la venganza del grandullón filé una patada de propina en el hígado, que estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Nubes circulares, opresivas, verdes, rojas y amarillas le

mareaban.

Lo habían «trabajado» bien. Bob pensó que aún quedaban en el mundo trabajadores concienzudos… Y les dedicó los tacos más sucios del extenso vocabulario adquirido desde su infancia.

Los dos aprendices de apisonadora se marcharon resoplando. Cerraron la puerta tras sí y apagaron la luz.

En completa obscuridad, el periodista buscó a tientas la pared y se sentó con las espaldas apoyadas en ella. Se palpó la cara penosamente con las manos esposadas. La tenía tumefacta. La sangre había formado en ella un amasijo blando y pegajoso.

Bob Rogers tuvo tiempo sobrado para reflexionar sobre su situación. Pero sus reflexiones no pasaban del convencimiento de que estaba metido en un brete del que no iba a salir muy bien librado. Renegó de su profesión, de los pacíficos ciudadanos que, beatíficamente sentados junto al hogar en su sillón de orejeras, le exigían su ración de sangre y terror a plazo fijo; de su amor a los dólares, que le llevaba a investigar por cuenta propia para amenizar sus crónicas con noticias exclusivas. En aquellos momentos despotricaba de todo cuanto se puede renegar cuando uno ha recibido una paliza que le deja el cuerpo hecho un vivo cardenal.

Como un gramófono rayado, su pensamiento se pasó las horas dando vueltas sobre el mismo punto.

Aquellas horas fueron más de seis. Tenía hambre, sed, pinchazos en todo el cuerpo y ganas de romper la cabeza al primero que se le pusiera por delante.

Pero cuando la luz se encendió y los dos mastodontes entraron, se dio cuenta de que no le quedaban fuerzas ni para aplastar a una cucaracha. Le dolía todo. Incluso el levantarse era un trabajo de titán para él.

Traían un cubo. Y le lavaron la cara.

Era ridículo ver a aquellos dos tiparracos pasándole la toalla mojada por el rostro, limpiándole la sangre.

Bob rió del espectáculo.

—¿Vais a presentarme en sociedad, pareja de guarros?

Uno de ellos siguió la broma:

—Queremos averiguar los sitios que nos quedan aún por golpear. Con la sangre no se ve nada.

Bob escupió un espumarajo sanguinolento al chistoso.

Un puñetazo en el estómago le hizo tragarse el resto de la provisión de saliva. Y se tragó también su negro humor.

Hecho un pingo, medio a rastras, lo llevaron hasta la habitación vecina. No era precisamente el despacho de un magnate, pero en ella había cierto confort. Cuatro sillones, una mesa, otro sillón detrás. Dos teléfonos y un mueble bar, bien provisto de combustible, completaban el mobiliario. Tras la mesa, con el rostro semioculto por las sombras de la pantalla, aguardaba un individuo. La silueta recortada contra la pared era la de un peso pesado algo fofo.

El hombre fofo apuntó el flexo hacia los recién llegados y masculló con una voz aflautada, que quiso ser varonil sin conseguirlo:

—Buenos días, señor Rogers. ¿Le ha gustado el aperitivo que le sirvieron mis muchachos? ¿Sabroso, eh?

El periodista contestó rápido:

—Como las patadas que le daban los negros a la perra que fue tu…

El zurdazo que le pegó uno de sus acompañantes impidió a Bob especificar.

—¿Decía…? —preguntó el gordo con risita satisfecha.

—Que sí… Que hace buen tiempo —contestó Bob, clavándole con la mirada.

—Así me gusta. La educación ante todo. Es una buena cosa la educación. Todo el mundo debería ser bien educado con nuestros semejantes…

—… Como principio de una era de paz, libertad y fraternidad entre todos los humanos. ¡Basta de cháchara y vamos al grano! —atajó el periodista.

La voz afeminada tomó un ridículo tono autoritario:

—El basta lo diré yo cuando me parezca. ¿Verdad, chicos? Enseñadle a ése quién dice aquí basta…

Se lo enseñaron siguiendo el viejo principio pedagógico de que la letra con sangre entra. Una docena de puñetazos en la boca le bastaron para saberse la lección.

La voz de pito desafinado continuó:

—Eres vulgar. Careces de sentido del humor. Yo creía que los redactores de sucesos tenían un humor macabro de cierta altura.

Quien me dijo tal tontería debía estar loco.

Algo iba a replicar el periodista, pero juzgó más oportuno callar y conservar sana la dentadura.

El gordo prosiguió:

—En fin… Me molestan de veras tus modales. Pero… Vayamos a lo práctico.

—Eso estoy esperando.

—¿Qué papel juega Bob Rogers en este asunto?

—¿En qué asunto?

—Haciendo una investigación por su cuenta.

—Eso es normal en todo periodista que busca tema y no se conforma con la información que da la policía.

—¿Y es normal que en estos casos el periodista se meta en terrenos donde no debe?

—En mí, sí. Sobre todo cuando en un caso como el de la matanza dé los doce críos se esconde tanta porquería. ¿Había necesidad de producir tal hecatombe?

—No me lo pregunte a mí. No tengo más noticia del asunto que las aparecidas en los periódicos. Soy un asiduo lector suyo, señor Rogers.

—Si no tiene nada que ver con el asunto, ¿por qué tanto interés por mis humildes huesos?

—No se haga el tonto. Lo sabe bien.

—Que me cuelguen si sé de lo que está hablando. Voy tras el asunto de los chicos. Por el momento tengo bastante con eso.

Al periodista le comenzaba a desconcertar aquel interrogatorio. Era sincero cuando confesaba que no tenía idea de lo que se pretendía de él. La siguiente pregunta lo embarulló aún más:

—¿Y de Karen Oaks…? ¿Qué me dice? Estuvo con ella en su apartamento.

Por lo visto Karen era la cabeza de puente de otro asunto en el que se había metido sin saberlo, y con el que nada tenía que ver. Irritado, contestó:

—¿Y por eso me ha hecho vapulear por este par de gaznápiros?

—Estimo que los malos recuerdos son el mejor acicate para espabilar a la gente. Ahora ya sabe cómo las gastamos. Desembuche, o proseguiremos con el masaje facial.

El gordo parecía inmensamente feliz con la idea de un nuevo

vapuleo.

—No hará falta —aseguró Bob—. Mi nariz no merece sacrificarse por tan poca cosa. Adelante. Pregunte.

—Quiero saber exactamente lo que usted sabe.

—Lo veo difícil. Yo estudié en la Universidad.

—Su espíritu burlón no se ha dormido con nuestra anestesia. Eso me alegra, señor Rogers. Seré más explícito para no seguir provocando su humorismo barato. ¿Por qué mezcló a Karen Oaks en el asunto de los chiquillos?

Bob calló unos instantes antes de responder. Aquella pregunta podía ser un vulgar gancho para soltarle la lengua; pero tal vez la muchacha fuera un cabo suelto de otra madeja. Decidió que la verdad era la menos comprometedora de las respuestas y dijo:

—Karen era la novia de Dingo Lecoq, uno de los asesinos de los muchachos, amén de su víctima. Era lógico suponer que la chica supiera algo del asunto.

El gordo rió francamente.

—¿Karen Oaks novia de Dingo? No sea usted imbécil. No se podían ver ni en pintura. Parecían el perro y el gato. Invente otra historia.

—¿Inventar? ¿Yo? En todo caso sería ella la inventora. Esta historia la contó Karen ante la policía; cuando la interrogaron a propósito de la muerte del *gángster* —mintió Bob, en vez de decir que fue la justificación que dio la joven cuando reclamó el cadáver de Dingo.

—No lo entiendo. Ni sabía que hubiera sido interrogada. Sigue usted con su fantasía de cronista melodramático.

Algo le avisaba al periodista en su interior que no debía decir a aquellos tipos que Karen había reclamado el fiambre. Por la respuesta del gordo parecía que Karen y el bandido no habían estado en muy buenas relaciones. Así, decidió seguir improvisando su historia:

—Créalo o no, lo cierto es que Karen Oaks fue interrogada porque se la había visto algunas veces con Dingo. Claro que fue cosa de puro trámite. En realidad, no había acusación concreta contra ella. Y la chica se zafó del asunto diciendo que si se la había visto alguna vez con el *gángster* era porque hacía algunos años había sido su novia. Pero Cuando lo encerraron en Sing… Sing y se enteró

de sus actividades al margen de la ley rompió con él. Según la versión de la muchacha, que bien pudo ser una coartada, Dingo quiso reanudar las relaciones a su salida de presidio, pero ella se negó siempre.

Calló unos instantes Bob, y terminó:

—Ésta, al menos, fue su explicación. La policía pareció creerla, puesto que ya no se le ha vuelto a molestar más.

—¿Y usted, por lo visto, no la creyó? ¿Por qué?

—En efecto; no la creí. Dingo no parecía ser de los tipos que se dejan dar calabazas así como así y se quedan tan tranquilos. Quise saber qué había en toda aquella historia, e invité a Karen a mi apartamento. El incendio de mi coche en la calle impidió la continuación del diálogo. Cuando la explosión, aún estábamos en los preliminares. Salí corriendo a ver lo que pasaba y, cuando quise darme cuenta, ella había desaparecido.

—Sigo sin creer uña palabra.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Desembuchar y aprisa.

—¿Qué, por ejemplo?

Bob Rogers no tuvo que seguir molestándose en inventar para aquel cretino. Una serie de pequeñas explosiones llegaban amortiguadas hasta el sótano. Parecía un tiroteo en toda regla. Y se estaba desarrollando sobre sus cabezas.

Sonó uno de los teléfonos de la mesa. Una mano de babosa lo cogió con inseguridad.

Le hablaron unos segundos desde el otro extremo del hilo. El gordo respondió que sí un par de veces y colgó. Rápidamente ordenó a sus acólitos:

—Vámonos, muchachos. Vosotros por el pasadizo. Hay jaleo arriba.

Salió a la luz. Era tan repulsivo como Bob se lo había imaginado estando en la penumbra. Sin embargo, los otros parecían sumisos a sus órdenes.

Se acercó a uno y le habló al oído. El hombre asintió y se limitó a decir a su compañero:

—Vamos. Aprisa.

Agarraron a Bob del brazo, empujándolo hacia adelante.

Salieron al pasillo. El gordo subió las escaleras. Ellos fueron

hacia el fondo.

El tiroteo arreciaba arriba. Esto pareció darles prisa. Abrieron una puerta al final, disimulada en la pared de cemento. Bajaron unos escalones, abrieron otra puerta y recorrieron una serie de galerías cubiertas de moho y humedad. Llegaron a otra puerta como las anteriores, subieron más escaleras y salieron a un vestíbulo apenas amueblado.

Bob calculó que habían caminado más de trescientos metros bajo tierra.

La casa en la que ahora se encontraban parecía abandonada. Estaba llena de polvo y cascotes. Las telarañas suplían los cortinajes.

Sin detenerse salieron, a un jardín por la parte trasera. Un coche les estaba esperando, con el mismo conductor que los llevó anteriormente sentado al volante.

Ahora los disparos se oían más claros. Pero algo lejos. El tiroteo, una verdadera ensalada de detonaciones de pistola, y metralleta, debía desarrollarse dos o tres manzanas más arriba.

El coche, un reluciente «Buick» negro, salió de estampida por una puerta abierta en las altas tapias del jardín.

Era ya tarde. Pronto anochecería.

Esta vez, Bob hacía el viaje sin capuchón. Era mala señal. A sus captores no debía importarles ya el hecho de que pudiera localizar el lugar a donde lo habían llevado y que, sin duda, era uno de los escondrijos de la banda. Ello significaba que estaban seguros de dejarle sordo, mudo y ciego para siempre.

Aquél iba a ser su último paseo si la suerte le abandonaba.

La mente del periodista trabajaba a ritmo febril.

Un hombre a cada lado, otro conduciendo, las manos ceñidas por unas esposas. Ésta era la situación. Y en una situación como aquélla, la mente más optimista no encuentra lugar para la esperanza.

El coche zumbaba carretera adelante. La vida podía comprarse y venderse por un simple centavo: Bob se dio cuenta de que su camino era tan estrecho como el filo de una navaja.

Vio, de pronto, dos cosas. Fue una fracción de segundo. Primero, dos motoristas de la policía charlando al borde de la carretera. Estaban a medio kilómetro, en la recta interminable.

Luego, observó que sus piernas se hallaban libres de toda ligazón.

Y esperó. Uno, dos, tres, cuatro… diez… quince segundos. Los motoristas estaban a menos de cincuenta metros ya.

Lo que sucedió después fue jugarse la vida a cara o cruz en un solo movimiento.

Bob se encogió de repente en el asiento de atrás, levantó los pies cuanto pudo, los apuntó con precisión contra la nuca del conductor y disparó todos sus músculos desesperadamente hacia delante con un supremo esfuerzo.

Sus guardianes no tuvieron tiempo de impedir lo que ocurría. El periodista había obrado con la rapidez del rayo. Sintieron solamente que el prisionero se removía y, sin poder hacer nada, vieron sus pies disparados como una catapulta contra la nuca de su compañero, y luego la cabeza de éste aplastada contra el roto cristal del parabrisas.

El coche, sin mandos, inició un vals desenfrenado. Salió de la carretera y, al tropezar sus ruedas con el peralte de la cuneta, comenzó a dar volteretas en el prado vecino. Seis u ocho vueltas de campana…

A los diez segundos escasos sonaban ya las sirenas de los motoristas. Poco después, sus faros enfocaban la escena. Pero ninguno de los ocupantes del coche pudo darse cuenta de estos detalles.

Los cuatro hombres se habían quedado sordos, ciegos y mudos. Tres, por unas horas. Uno, el chofer, para siempre. Su cabeza semejaba un huevo caído desde un quinto piso.

Había cerrado la noche cuando las ambulancias se los llevaron al hospital, sin que ninguno hubiera recobrado el conocimiento.

CAPÍTULO VI

Lo primero que Bob Rogers oyó al despertar fue una bandada de grillos, armando un guirigay de mil diablos en su cabeza. Después notó como miles de alfileres le iban penetrando lenta y dolorosamente en todo el cuerpo. Más tarde, la luz se hizo en sus ojos y atisbo una mortecina claridad que le llegaba como a través de la niebla. Cuando intentó abrir los ojos tuvo la sensación de que un amasijo de barro arenoso apelmazaba sus pestañas.

Con enorme esfuerzo logró entreabrir el párpado izquierdo un par de milímetros.

Todo era blanco a su alrededor; las paredes, el techo, las sábanas y la cofia de la enfermera que leía una novela barata junto a la ventana. Estaba en un hospital.

Sintió un alivio enorme al enterarse de que aún vivía. Volvió a cerrar la rendija de su ojo izquierdo. Los grillos se iban calmando, y los alfilerazos se notaban menos si permanecía en absoluta inmovilidad.

Media hora más tarde decidió moverse. El ojo izquierdo se abría ya con más facilidad. El derecho se mostraba todavía reacio. Trató de hablar.

—Enfermera… ¿Dónde estoy?

La chica que leía junto a la ventana dejó el libro y se levantó. Era un espectáculo reconfortante volver a la vida en tal compañía.

—En el Carrigan Hospital. Y por poco tiempo. Afortunadamente no tiene usted más que magullamiento general. Pronto estará bien.

El periodista fue de la misma opinión cuando sintió que una corriente de placer recorría su espina dorsal, al notar que una mano le acariciaba la frente para tomar su temperatura.

La mano se retiró al fin, pulsó el picaporte y con ella se fue toda

la serie de encantos que llevaba añadidos. La puerta se cerró suavemente.

Minutos después se volvió a abrir la puerta, pero no era la chica quien entró. Era Freddy Marone, muy puesto en su papel de capitán de la Brigada de Homicidios de la Metropolitana neoyorquina, seguido de dos respetuosos guardaespaldas, que se quedaron en la puerta, y de un taquígrafo con un magnetofón portátil.

—¡Hola, campeón! Pareces un anuncio de esparadrapo.

—Sin bromas pesadas, por favor.

—Te has librado de una buena.

—Y te juro que aún no sé cómo.

Marone sonrió.

—Porque papá Freddy vela por sus hijitos revoltosos y los hace seguir cuando salen solos de casa. Menos mal que el agente que te vigilaba tuvo tiempo de tomar las señas del coche de tus captores. Pudimos seguirlo hasta la finca a donde te llevaban. Lo localizó la patrulla a la salida del túnel de Nueva Jersey. La alarma se dio en menos de cinco minutos.

—¿Así, erais vosotros los de la traca?

—¿Quién iba a ser si no? Por cierto… ¿Por dónde lograron sacarte sin que te viéramos?

—Escaparon por un pasadizo que comunica con una finca, un par de manzanas más abajo.

—De todos modos te acompañó la suerte. Si el coche no se llega a despistar en la carretera…

—¿Suerte?… La suerte me la fabriqué yo, noqueando al chofer de una patada en la nuca. Había que jugarse la vida a cara o cruz. Me llevaban a dar el último paseo. Por cierto… ¿Dónde están los tipos que me acompañaban?

—Uno, el chofer, esperando turno en el horno crematorio. Los otros dos escaparon del hospital antes de que te identificaran y me llegara el aviso. Se largaron en cuanto recobraron el conocimiento. Los habían tomado por policías. Llevaban documentación y chapa de agentes. Y a ti, como iban esposado, te metieron en las habitaciones enrejadas, con vigilancia y todo.

Freddy Marone encendió un cigarrillo y se lo dio a su amigo. Luego, prendió otro para él.

Bob Rogers aspiró el humo con deleite y preguntó:

—¿Se sabe algo de Karen?

—No. Todavía no hemos encontrado nada. Por si ha huido de Nueva York, hemos dado sus señas a toda *la* policía de la nación.

—Te lo digo porque esos tipos parecían sólo interesados en el hecho de que yo hubiera interrogado a la muchacha. Por lo que se ve, la chica tiene más importancia, de la que creíamos en un principio. Incluso parece ser que al asunto de los chiquillos hay emparejado otro, tan importante o más.

—Bien pudiera ser —contestó evasivo el policía.

—¿Habéis encontrado algo interesante en la casa a que me llevaron esos facinerosos?

—No mucho. Pero hay algo que comienza a ligar. Ya hablaremos cuando estés en condiciones de coordinar ideas.

Amoscado, replicó el periodista:

—¿Crees que los golpes me han inutilizado?

—Ya hablaremos. Ahora no puedo. Ah… En cuanto sepa algo de Karen te lo comunicaré. Esa pieza es tuya. Te la dejo. De momento, descansa y no pienses en esto. Las cosas se están poniendo en sus casillas y el trabajo empieza a rendir.

—¡Ya era hora!

—Bien. Me marcho. ¿Tienes otras noticias interesantes?

—Salvo que Karen preocupaba a esa gente y que para escapar utilizaron el paso subterráneo hasta otra casa que no debe estar lejos de la primera, nada más.

—Mandaré una patrulla para que registre aquello a conciencia.

—La puerta que comunicaba con el paso subterráneo está disimulada como si fuera una pared de cemento. ¿Hicisteis prisioneros?

—Vivos, sólo un par. Los guardan en la enfermería de la cárcel.

—¿Hay entre ellos un tipo gordo con cara de buey manso y movimientos de mariposa en primavera?

—Uno hay que responde a esa descripción. Le arreamos una buena ráfaga de metralleta en las piernas.

—Éste fue el que me interrogó. Llevó todo el rato la voz cantante.

—Y la sigue llevando. Ha hablado como una cotorra asustada…

Freddy Marone se despidió de su amigo con un amplio ademán.

Atendido por la bella enfermera, Bob no hizo durante las horas

siguientes sino comer y dormir. En un determinado momento recibió la visita del médico, quien le tomó el pulso y se limitó, con aire doctoral, a decir a la muchacha:

—Ahora, que repose. A las cinco, antes de que la releven a usted, póngale una inyección sedante. Así podrá dormir toda la noche, y mañana estará como nuevo.

Salió.

Bob charló todavía un rato con la chica. Fumó un cigarrillo. Pronto le invadió un dulce sopor, y quedóse apaciblemente dormido.

Fue despertado por la linda enfermera.

—Señor Rogers, es la hora de la inyección.

Se dejó inyectar el Sedante adormilado aún, lejana la mente, en un estado de lánguida beatitud.

El pinchazo de la aguja hipodérmica en el brazo le hice volver, empero, a la realidad. Una náusea caliente sucedió al pinchazo. Luego, al cabo de unos minutos, los párpados comenzaron a pesarle.

Alguien abrió la puerta sin llamar. El médico que le recetó el calmante entró. Oyó como le ordenaba a la enfermera:

—Prepárelo. Vamos a trasladarle.

El periodista entreabrió los ojos y vio aparecer a un enfermero empujando una camilla. Sintió que lo destapaban, que lo levantaban en vilo. Lo tendieron en la camilla y ésta se puso en movimiento.

El médico, la enfermera y el otro hombre le rodeaban como fantasmas. Oía sus voces con profundas sonoridades. Los veía a través de la niebla que poco a poco iba invadiendo su cerebro.

Una voz que no percibiera hasta entonces, autoritaria, bronca, preguntó:

—¿A dónde llevan a ese paciente?

—Ha sido reclamado por sus familiares. Lo trasladamos a su domicilio. Su estado no reviste gravedad. La Dirección del hospital ha dado su conformidad. Aquí están los papeles.

Bob Rogers hubiera querido decir que aquello no era verdad. Que sus familiares hacía años se marcharon de este mundo y no quedaba ni sombra de ellos. Quiso decir muchas cosas más que pugnaban por salir de sus labios, pero que no lograba articular las palabras adecuadas.

Entretanto la discusión proseguía. La voz autoritaria decía en

aquellos momentos:

—Este hombre no puede salir de aquí sin una orden del propio capitán Marone de la Metropolitana. Éstas son las instrucciones que he recibido… Soy el centine…

Bob había comenzado a bendecir al dueño de la voz cuando notó que ésta se truncaba. Entreabrió un ojo y vio como el enfermero, empuñando una pistola por el cañón, sacudía un tremendo culatazo en la cabeza de uno de los hombres que estuvieron guardando la puerta cuando Freddy Marone vino a visitarle.

Siguió un forcejeo. Luego, advirtió que a la camilla le imprimían una velocidad desusada. Los movimientos eran bruscos. El taconeo del médico y la enfermera los escuchaba a paso ligero.

Sonó un disparo. Venía del fondo del pasillo. Notó que una mano se agarraba a la manta que lo cubría, y que la arrastraba. Luego, el ruido sordo de una caída.

Otro disparo, chillidos de mujer, puertas que se abrían, carreras y voces llenaban el pasillo de ecos que poco a poco se fueron amortiguando.

Al fin, nada. Bob Rogers fue hundiéndose dulcemente en el vacío.

Cuando despertó se dio cuenta de qué había gente alrededor. Pero tardó bastante en reconocerlos. Nubes color de rosa lo envolvían todo. De entre las nubes surgió una cara, grande, gigantesca, de ojos brillantes.

Bob volvió a cerrar los ojos. Al abrirlos de nuevo, la monstruosa cara se convirtió en la de Freddy Marone. Le decía:

—Si las cosas siguen por este camino, preveo una hecatombe en el «Caso Rogers».

—¿Qué ha pasado? —preguntó el periodista.

—¿Nada…? Que esa pandilla no parece interesada en otra cosa que en machacar tus huesos. Aunque, por lo que se ve, aún te necesitan vivo.

—¡Como no sea para meterme en una jaula y exhibirme por las ferias!

—Lo cierto es que el golpe ha sido audaz y bien preparado. Se procuraron papel timbrado de la Dirección del hospital y extendieron una orden de salida. A no ser por el centinela que te dejé, te hubieran sacado de aquí sin oposición. El médico, el

enfermero y la chica eran ajenos a este centro. Todavía no se explican arriba cómo esos tipos lograron encerrar, atar y amodorrar a los titulares de esta sección en una habitación vacía y ocupar su puesto durante todo un turno de trabajo… Bob, si te sientes con fuerzas, tengo un trabajo para ti.

—Hombre…, ya era hora de que reconocieras mi utilidad. ¿Qué les pasa a tus sabuesos? ¿No traen ya caza?

—No se trata de eso, Es un trabajo que sólo puedes hacer tú. No debe aparecer por ningún lado, en caso de fracaso, la mano oficial.

—Ah, ya. Sacar las castañas del fuego y aguantar el quemazo… ¿Qué es ello?

—¿Has visto últimamente a alguno de los miembros del comando «revientacajas» que mandaste durante la guerra?

—Podría localizar a dos o tres. No están dedicados a la floricultura precisamente, pero si se les paga bien creo que nos ayudarán.

—Merece la pena probar, Bob. La clave de todo este asunto puede estar en la caja fuerte de cierta oficina privada. O en varias… —Acabó evasivo el capitán—. De todos modos, ya hablaremos… Supongo que mañana a primera hora podrás acercarte a mi despacho…

—Si como bien, ceno mejor, hago un poco de ejercicio esta tarde, me traen una enfermera guapa y puedo dormir tranquilo, mañana estaré más fresco que un atleta de dieciocho años.

—Pondré vigilancia y hablaré con la Dirección sobre la enfermera. ¿Algo más?

—Sí. Una botella de *whisky*.

—¡Vete al cuerno! Hasta mañana.

Y el policía se marchó.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, cuando Bob Rogers salió del hospital, un coche de la Policía le esperaba en la puerta. El largo descanso le había dejado como nuevo. Pero a sus piernas aún les faltaba firmeza y decidió proporcionársela rápidamente.

—Pare en el primer bar. Tengo vacío el depósito de combustible.

El policía que llevaba el coche lanzó una mirada a su compañero y tácitamente aprobaron ambos la decisión. Frenó.

Bastaron un par de copas para recuperar la fuerza de ánimo y robustecer los remos. Salvo el ligero halo azulado de los ojos, y algún que otro tafetán en la geografía de la cara, apenas quedaban huellas en el cuerpo del periodista, de las pasadas peripecias.

Freddy Marone le esperaba ya en el despacho de la Brigada de Homicidios.

—¿Cómo va eso? ¿Dispuesto a trabajar?

—Si el trabajo que me vas a proponer consiste en recibir palizas como hasta ahora, decididamente no. No tengo madera de héroe. O será que me vuelvo ya viejo.

SI capitán Marone le ofreció un cigarrillo. Lo aceptó, encendió y expelió el humo con delectación.

—¿De qué se trata?

—Vayamos por partes. La investigación comienza a dar frutos. En el registro de la casa a que te llevaron aquellos tipos hemos encontrado algunos indicios que ligan al «gang» con una organización de la que ya tienes noticias: «Inform Co.», la empresa de Morato.

Algunas declaraciones de los tipos que cogimos allá lo confirman.

—Y por tanto, Sandro Morato está relacionado con ellos.

—Exacto. Como verás, los eslabones sueltos van formando cadena: Los chicos fueron asesinados por Dingo Lecoq y compañía. Dingo Lecoq tenía una novia llamada Karen Oaks, ¡amiga tuya!; Karen Oaks era asediada por Sandro Morato, el cual es director de «Inform Co.» y ahora vemos que esta compañía está ligada a un «gang» que intenta darte el pasaporte porque te has lanzado a la investigación del caso de los chicos… Cierta o no, ésta es la base de mi investigación. Ahora me da en la nariz que la clave en las cajas de «Inform. Co.».

—En teoría, perfecto. Aunque tal vez falle en el eslabón Karen Oaks.

—Porque ése es tu deseo, ¿no? Seamos objetivos y no nos dejemos llevar de sentimentalismos absurdos. Es un hecho que la muchacha estaba unida a Dingo, puesto que reclamó el cadáver y no dudó en confesarse novia suya. Además, ¿no fuiste tú quien me informó de la relación de ella con el argentino?

El periodista apremió:

—Sí, bueno. ¿Qué más?

—Ahora viene la parte más delicada y que abre insospechados horizontes al caso. Posiblemente, incluso, la intervención del
F. B. I.
Mis hombres llevan pasando por el más fino tamiz a todos cuantos, directa o indirectamente, intervinieron en el drama, incluidas las familias de los muchachos asesinados.

—¿Qué pasa con las familias?

—El general Morris, padre de John, el muchacho que tan buena puntería demostró, está actualmente en la reserva a raíz de un feo asunto en el que se vio envuelto el año pasado. Nada se le pudo demostrar y la cosa quedó en un discreto misterio. Pero lo cierto es que a través de él o de alguien allegado a su persona, se filtraron ciertos secretos militares referentes a los dispositivos de puntería automática de uno de los últimos reactores adoptados por nuestras fuerzas aéreas. Un mes después, este mismo modelo era ensayado por los rusos.

—¿Qué relación tiene eso con nuestro caso?

—Así, aisladamente, quizá nada. Pero da la casualidad de que el senador Seymour, padre también de otro de los muchachos asesinados, tuvo no hace mucho algún disgusto porque del Comité

de que formaba parte, dedicado a investigar las actividades subversivas de ciertos grupos políticos, salieron prematuramente informes y una lista de sospechosos que dieron la alarma a ciertos elementos, los cuales tuvieron tiempo de escapar antes de que se les echara mano.

—¿Se acusó de ello al senador Seymour?

—No individualmente. Eran tres los senadores que conocían tales listas. Se demostró que nadie más debía conocerlas. Y sobre todo, que sólo uno de los tres podía haber sido la vía de escape.

—Puede ser coincidencia —volvió a objetar el periodista—. ¿Hay más cosas acerca de ese tipo?

—Una más, que sepamos. Pero ten en cuenta que con ella van tres. Son bastantes. Un barco del armador Erikson salió de San Francisco con rumbo desconocido. En sus bodegas llevaba cajas con maquinaria y utillaje industrial. Oficialmente, claro. Pero el inocente embalaje ocultaba un envío de armas para ayudar a derrocar en el Pacífico cierto régimen no grato. Pues bien, hubo que hacerle volver a los dos días de navegación. El secreto, sólo conocido por el naviero y unas pocas personas de la más estricta confianza, personas oriundas de aquel país y jefes de las guerrillas, se había filtrado oportunamente. Nuestro servicio de información se enteró de que el barco era esperado, pero por el bando contrario al que iban destinadas las armas.

Bob Rogers quedó pensativo, pero no dijo nada. Las coincidencias eran ya demasiadas para ser consideradas como tales. Allí había una misteriosa ligazón que de momento no acertaba a desentrañar.

Preguntó:

—¿Qué sospechas?

—De momento, nada. Por eso te he llamado. No hay pruebas. Imagino dónde están, pero nada más. Si las encontramos y son lo que yo supongo, el caso se nos irá de las manos y se pondrá en marcha la máquina poderosa del

F. B. I.

El asunto sobrepasará los límites de una simple batalla entre bandas rivales. La muerte de esos muchachos, con ser de por sí espeluznante, resultará un mero episodio de un drama de vital importancia para nuestro país.

—¿En ese caso, la matanza de los chicos es una comedieta entre comparsas de tercera fila?

—Eso temo. Por ello he decidido salirme del camino oficial e intentar algo no demasiado legal.

—¿De qué se trata?

—De un asalto en toda regla a las oficinas de «Inform Co.»; una agencia de marcas y patentes que bien pudra ser la clave de todo este embrollo. Hay que verificar el contenido de las cajas fuertes, fotografiar cuanto parezca de interés en el archivo y recoger una serie de posibles pruebas antes de que cunda la alarma y las destruyan u oculten en otro lugar.

Calló un instante Marone, encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del primero, y prosiguió:

—Si esperamos a tener base legal para un registro, nos encontraremos únicamente con los planos del último tapón musical para biberones o los de la sartén que fríe un huevo sin concurso de la cocinera.

Bob Rogers analizó en silencio el encargo y sus posibilidades de éxito. Freddy Marone, al no recibir respuesta de su amigo, añadió:

—Puedes negarte si no te crees con fuerza o si sientes escrúpulos. Pensé en ti porque recuerdo tus actividades durante la guerra.

—¿Escrúpulos? No digas tonterías. No los he sentido desde que no me gustaba la leche con azúcar. No es eso…

—¿Entonces?

—El grupo está desperdigado. Fuimos veinte. Hacen faltan muchos hombres para trabajar con seguridad, ser rápidos y no dejar huellas. Con tanta prisa, apenas podré encontrar a dos o tres de los antiguos compañeros. Aun así no sé si querrán intervenir.

—Puedo proporcionarte algunos de nuestros confidentes.

—No me gusta esa gente. Prefiero tratar con auténticos profesionales. Pero necesito un par de días. Ya volveré a verte cuando el asunto esté en marcha.

—Antes de que nos separemos, toma —el capitán le largó unos planos por encima de la mesar—. Son del edificio donde están instaladas las oficinas de «Inform Co». Pues comenzar a estudiar el terreno.

Freddy Marone metió de nuevo las manos en el cajón de la mesa

y sacó un manojo de llaves. Dijo:

—Y esto. Son de la oficina del piso superior. La alquilé ayer. Servirá de cuartel general, punto de partida y refugio para las expediciones.

—Un gerente complaciente —se admiró Bob ante tantas facilidades.

—Más que complaciente, con la conciencia intranquila.

Cuando el periodista salió del Departamento eran las once de la mañana. Sobre las once y media llegó al edificio donde estaban las oficinas de la compañía de Morato.

El capitán Marone había hecho bien las cosas. La oficina objetivo, como él llamaba a «Inform Co», se hallaba exactamente bajo la que él había alquilado. Su estructura y distribución eran exactamente las mismas. El plano lo demostraba así. No obstante, Bob quiso cerciorarse y hacer una visita de exploración.

Pensó una excusa. Decidió entrar con el pretexto de pedir información sobre la patente de cierto aparato para lustrar zapatos.

La puerta de «Inform Co.» estaba abierta. Daba a un vestíbulo donde una serie de ventanillas se abrían al cliente. Tras los cristales se veía teclear a media docena de muchachas que hubieran servido para otros menesteres más espectaculares. Un único cliente estaba en una de las ventanillas. Consultaba un índice y la muchacha que le atendía le miraba aburrida.

Bob dijo:

—Quisiera saber si hay posibilidad de explotar, en las poblaciones rurales del centro del país, cierta máquina de lustrar zapatos que he visto en Nueva York. Una tragaperras.

—Un momento, señor…

El final lánguido de la frase acompañó a una mirada muy similar que resbaló sobre Bob de arriba a abajo. La mecanógrafa que le había atendido se marchó lentamente hacia un grupo de ficheros.

Mientras Bob contemplaba a la muchacha, dedujo que los ficheros a la vista y alcance de aquella media docena de empleados debían ocultar las verdaderas actividades de la Compañía, si las había, al margen de la ley.

La explosiva mecanógrafa llegó con un ondear de su melena color miel tan airoso que hacía remover los papeles de las mesas junto a las que pasaba.

—Lo siento, señor. Tenemos la ficha del invento a que usted se refiere; pero en ella consta que está patente fue concedida en exclusiva hace ya algunos años. Y esta exclusiva abarca a todo el país. La oficina que la registró no fue la nuestra.

Muy serio, como hombre de negocios al que de pronto se le acaba de derrumbar una idea largo tiempo meditaba y en la que se han puesto las mejores esperanzas, se dolió:

—Lo siento de veras. Introducir este sensacional invento en el polvoriento Oeste hubiera sido el camino más corto para llegar a millonario. Son muy presumidos por allá, y les gusta llevar las botas bien lustradas.

* * *

Después de almorzar marchó Bob al periódico. Redactó una, auténtica novela de aventuras para satisfacer a sus lectores y excusar su silencio. Pasó por caja en busca de dinero adelantado y se marchó a casa antes de que el director del «Chronicle» le echara la vista encima.

Al abrir la puerta de su apartamento notó algo raro en la cerradura. Tuvo dificultad para introducir la llave. Alguien debía haber hurgado en ella con una ganzúa. Estaba áspera y medio estropeada.

Cuando logró abrir, el espectáculo de su apartamento le confirmó sus sospechas. Los cajones estaban fuera de las mesas, los papeles revueltos y amontonados por el suelo, el escritorio patas arriba, la ropa esparcida por las cuatro esquinas de la habitación. El mismísimo caos reinando en un piso de tres habitaciones. Hasta los colchones y las almohadas estaban destripadas, con las plumas inundándolo todo y revoloteando a su alrededor cuando caminaba.

Quienquiera que hubiese sido el encargado del registro lo había hecho a conciencia. No había quedado rincón ni cosa sin violar.

Bob Rogers renunció a poner orden en aquel maremágnum. Buscó entre el montón que formaban sus trajes, sacó unos pantalones de franela, una camisa de lana a cuadros y una cazadora de cuero. Se las puso y, sin mirar atrás, salió.

Al pasar por la conserjería tocó el timbre.

—¿Qué desea, señor Rogers?

—Mande a alguien de confianza a mi piso. Que traslade todos mis trastos a otro apartamento.

—¿Se ha cansado de éste?

—Suba y verá los motivos. En mi ausencia lo han despanzurrado todo. Lo he dejado tal como lo encontré.

El empleado no pidió más explicaciones. Era hombre discreto. Sabía hasta qué punto la discreción atrae las propinas.

—Le daré el 580.

—Está bien. Si alguien pregunta por mí, no de el número de mi nuevo apartamento. Sea quien sea la visita, que me hablen antes por teléfono. Yo decidiré si pueden subir o no. ¿Entendido?

—O. K., señor Rogers.

Serían apenas las cinco de la tarde, hora en que la fauna de Bronx empieza a desperezarse del sueño diurno. Los madrugadores, claro. Bob sabía bien esto y muchas cosas más del barrio y sus habitantes. Entre ellos contaba con buenos amigos y mejores informadores. Gentes que vivían más allá del lindero de la ley, pero hombres al fin que en sus tiempos rindieron incluso extraordinarios servicios a la patria.

Red Shannon era uno de éstos.

Durante la guerra le habían obligado a jugar a un juego demasiado peligroso. Terminada aquélla, cuando los empleos escaseaban y el público no estaba ya en vena de reconocer méritos a los héroes, no había hecho más que seguir jugando al antiguo juego.

Seguía siendo un revientacajas que conocía su oficio. Había tenido suerte y, salvo seis meses a la sombra, nunca tropezó con la policía.

Red era un experto. Durante la guerra, cuando en Francia lo hirieren gravemente y pudo ser evacuado, pasó a un hospital de Inglaterra y de allí regresó a los Estados Unidos. En la patria le dieron de nuevo la oportunidad de seguir abriendo cajas de acero como si fueran botes de conserva, pero al servicio del Gobierno Federal. Bajo las órdenes directas de un periodista avispado, formó en un equipo especial que reventó más cajas de empresas sospechosas que un *gang* de profesionales.

El periodista era Bob Rogers. Gran amigo suyo.

—¿Está Red? —preguntó Bob en la puerta número 318 de una casa-colmena de Crotona Avenue.

La mujer que le salió a abrir no contestó inmediatamente. Se tomó unos segundos para estudiarle con detención y al fin respondió, pero con otra pregunta:

—¿Quién es usted?

En la frase se encerraba un cúmulo de sospechas de que perteneciese a la Policía o algo peor.

—Dígale a Red que llama a su puerta un pobre revientacajas que en vez de dedos tiene pezuñas de elefante.

Una voz soñolienta se oyó en el interior del piso:

—¿Qué hacen por estos barrios los chupatintas del «Chronicle»?

El hombre que apareció tenía rojos el pelo, la piel, el vello de los brazos y hasta la camisa, como si con ella quisiera completar el cuadro.

Se estrecharon las manos con fuerza y se golpearon mutuamente la espalda. Red inquirió:

—¿Qué te trae por aquí? —Y dirigiéndose a la mujer—: ¿No le conoces? Es mi antiguo jefe. Un buen chico con mejor voluntad que dedos. Dios le puso en cada mano una pezuña y el pobre ha tenido que dedicarse a aporrear máquinas de escribir. Se las han de cambiar cada quince días. Las hace cisco a coces.

Y rió su chiste Con grandes carcajadas.

Bob rió también. Quiso contestar, pero su amigo estaba ya diciendo a la mujer:

—Prepara unos *whiskies*. Tengo el gaznate reseco.

—No te molestes, Red. Los tomaremos en cualquier bar. Quisiera hablarte a solas.

—¿Buscas noticias?

—No es eso. Te necesito.

—¡Caramba con los periodistas! ¿Te has lanzado a la mala vida?

—Casi.

—Espera a que me vista. En un momento estoy contigo.

Cuando estuvieron sentados en el rincón más discreto de un bar, sin vecinos molestos, Red preguntó interesado:

—¿Qué hay que hacer?

—Antes que nada, ¿sabes dónde paran Chuck Martin y Jo Zimmerman?

—Si no han muerto esta noche, no andarán lejos. ¿Por qué?

—Os necesito a los tres. Hay dinero a ganar, el trabajo es fácil,

sin peligro apenas, y podéis sacarle puntos al mismísimo capitán Marone, de la Brigada de Homicidios.

—No me digas…

—Como lo oyes. Si aceptáis el trabajo cobraréis en buenos billetes, salidos del «pozo negro» de la Policía.

El pelirrojo rompió a reír con estrépito:

—¡Vamos, acaba con la historia!

—Se trata de asaltar unas oficinas, mañana por la noche. Tengo ya alquilados los despachos del piso superior. También tengo las llaves y el plano. Todo cuanto debemos hacer es abrir cuantas cajas y archivadores nos salgan al paso. Chuck fotografiará todos los papeles interesantes y Jo cuidará de ver si hay trampas para los visitantes inoportunos y de dejar las cosas en su sitio después del trabajo.

—¿No hay que llevarse nada?

—Nada. Todo ha de quedar como estaba. Por eso os he buscado a vosotros. Necesito maestros en el oficio Será como en aquellas expediciones de los años de guerra. ¿Te acuerdas? Ah… Se me olvidaba. Cobraréis la mitad por adelantado. El resto os lo entregaré después del trabajo, salga bien o no. Yo cuidaré personalmente de ello. Vosotros mismos fijaréis el precio. ¿Hace?

—En principio y por mí, sí. Espero que los otros sean de la misma opinión. Pero… Una duda. ¿Por qué no hacen el trabajito los del
F. B. I.?

—Por la sencilla razón de que es muy probable que no encontremos lo que buscamos y hay que evitar el patinazo oficial. La intervención de los federales depende de que nosotros encontremos algo o no.

Red pidió detalles. Bob fue dándole cuantos la prudencia le permitía.

Eran las nueve cuando se despidieron.

—Si Chuck y Jo están de acuerdo, telefonéame esta noche a la una. En caso de que decidan intervenir, nos reuniremos mañana en el despacho que hemos alquilado en el edificio. Id viniendo con intervalos de media hora para no despertar sospechas. Y traed los instrumentos de trabajo. La primera tentativa de exploración la haremos mañana por la noche.

Bob salió el primero del bar donde había celebrado la entrevista con el pelirrojo. Con las manos metidas muy adentro en los bolsillos de su cazadora de cuero, el cuello de la misma levantado y un cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, parecía uno de los muchos personajes ambiguos que a aquellas horas pululan por las esquinas del Bronx.

CAPÍTULO VIII

A cuenta del seguro de su «Mercury» incendiado adquirió Bob otro coche de la misma marca, último modelo.

Llenó los depósitos totalmente y a las ocho en punto de la noche aparcó junto a la puerta de servicio del edificio donde «Inform Co.» asentaba sus reales. De la pared de enfrente se despegaron tres sombras. Llevaban «monos» de trabajo y en la mano pequeños maletines. Eran Red y sus amigos. Parecían tres fontaneros dispuestos a sacarse un sobresueldo en horas extras.

Bob saludó a sus amigos sin demasiada confianza y se colaron todos por la puerta de servicio.

Una vez en la oficina, el grupo pareció tomar más confianza con su antiguo jefe y, durante unos minutos, se sucedieron los palmetazos en la espalda y las alusiones a los viejos tiempos. Luego, alrededor de una mesa sobre la que se extendía el plano de las oficinas, se discutió el plan de ataque.

—Si todo va bien —dijo el periodista—, tenemos margen de sobra. Podemos trabajar hasta mañana a las Cinco. El tiempo está a nuestro favor y nos compensará de que somos pocos. Pero si algo falla, las cosas serán más difíciles.

—De todas formas —comentó Red—, peor sería tener a los guardias en contra.

—Eso es verdad. Pero no os hagáis ilusiones. Si la oficina es lo que imagino, tendremos frente a nosotros a alguien con peores intenciones que los guardias. Vamos al grano. Tú. Jo, te encargas exclusivamente de sacar fotografías de cuanto yo te pase. Chuck cuidará de las alarmas y posibles trampas. Además, Red y yo nos dedicaremos a las cajas.

—De acuerdo.

—Según lo prometido, ahí va la primera parte del jornal.

Y repartió un fajo de billetes para cada uno. Había mil dólares en cada paquetito, en billetes de cien.

Luego comentó:

Se lo dije a Red: Si abajo encontramos lo que yo espero, además de los mil, recibiréis una buena recompensa que puede multiplicar por dos esta cantidad.

El pelirrojo sonrió con sordina.

—Para hacer el trabajo protegidos por la mismísima Policía no está mal la recompensa. Cuando lo cuente, me van a tomar por mentiroso.

—No vas a contar nada aunque te degüellen. Esto forma parte del trato.

—Si lo llego a saber pido más dinero. Me va a costar más callarme que hacer el trabajito…

Los cuatro hombres recogieron sus herramientas y siguieron a Bob. Después, señalando a uno con el lápiz, ordenó éste:

—Chuck… La puerta de entrada está conectada a la alarma general. He podido comprobarlo en mi visita. Mira si es posible neutralizarla. De lo contrario, tendremos que utilizar la soga y descolgamos hasta la ventana de los lavabos. El pestillo será fácil de abrir, aun en el caso improbable de que esté cerrado por dentro.

El llamado Chuck salió sin chistar. Parecía encontrarse en su papel obedeciendo. Jo y Red repasaban sus instrumentos; Bob Rogers atisbaba, entretanto, por una de las ventanas que daban a la calle principal. Su reloj, en constante consulta, marcaba las ocho y media. En aquel preciso momento pudo observar que por una lateral aparecía la negra masa de un coche policial, se estacionaba al otro lado de la calle, frente a la entrada, y ninguno de sus ocupantes salía al exterior. Minutos más tarde, una furgoneta comercial aparecía por el mismo lugar y aparcaba cerca. Tampoco de ella salió nadie. Quedó a la espera de algo. Bob sabía de qué. Eran su escolta, y en caso preciso sus guardaespaldas.

Al poco rato volvió Chuck. Por el gesto, Bob vio que las cosas no iban tan bien como creyera en un principio.

—¿Qué pasa? ¿Hay dificultades?

—La alarma es en el interior. No hay forma de desconectarla desde el pasillo. Únicamente cortando la electricidad de todo el piso

lograríamos neutralizarla. Pero sería más rápido colarnos por la ventana de los lavabos.

Sin decir palabra, Bob hizo una señal y los demás le siguieron. En el baño, estudiaron el terreno y consultaron el plano.

—Las cuerdas de nylon son suficientemente largas. Resistirán bien.

Sujetó una a las cañerías, la otra a un radiador. Miró en la oscura noche hacia la calle iluminada. Era casi imposible que nadie viese a un hombre reptar por la fachada sumida en las tinieblas.

Bob dio el ejemplo. Se sujetó una de las sogas a la cintura, trepó hasta la pequeña ventana y pidió a Red:

—Pásame una hoja fina de acero por si hace falta levantar el pestillo, y dadme poco a poco cuerda de la que me sujeta.

El pelirrojo le alcanzó la leve herramienta y él se la metió en el bolsillo. Cogió la cuerda de descenso y la lanzó al vacío. Unos segundos después pendía de ella a pulso, apenas apoyados los pies en los intersticios de los ladrillos.

Procuraba no mirar hacia abajo. El vértigo afloja las manos y hace del hombre un pélele desarticulado. Cuando sus pies se apoyaron eh la ventana inferior miró de reojo la calle. Parecía estar a miles de metros sobre ella. Le dio un escalofrío y decidió aplicarse a su trabajo para evitar un posible ensayo de vuelo sin motor.

La ventanucha de abajo estaba cerrada, en efecto. Pero era exacta a todas las demás. Bob sabía dónde estaba el pestillo y en dos tanteos sintió que lo movía.

En cinco minutos lo tenía totalmente descorrido y, ante sí, el camino libre.

Se encontró en una reproducción exacta de la habitación superior. Dio unos tirones a la cuerda cuando la hubo soltado de su cintura, y la noche se la fue tragando.

Diez minutos más tarde tenía a su lado los maletines de sus compañeros y, a la media hora, el equipo completo de asaltantes nocturnos celebraba con mucha satisfacción su reencuentro en el cuarto de baño del objetivo.

Chuck habló:

—La entrada ha sido demasiado fácil y no me gusta. Las bicocas son hoy tan raras como los dinosaurios.

—¿Qué piensas?

—Que como mínimo debe haber alarma en cada puerta. Esperad.

El hombre rebuscó en sus bolsillos y sacó una moneda. Buscó a la luz de su linterna la bombilla del tocador y la sacó del casquillo. Metió la moneda en él y después la bombilla. Los demás le dejaban hacer sin comprender.

El círculo de luz de la linterna buscó junto a la puerta, y la mano de Chuck alcanzó el conmutador. Lo hizo funcionar. Un leve resplandor en la bombilla y un *crac* lejano fueron el resultado.

—Los plomos de entrada se han fundido, señores. El camino está libre de momento. No creo que estos tipos se hayan molestado en poner toma independiente para la alarma general.

La linterna enfocó los hilos disimulados en la jamba de la puerta. Luego la mano de Chuck pulsó el picaporte.

Los cuatro asaltantes no se movieron. Pero no se oyó ningún timbre. Sólo llegaban hasta ellos los lejanos rumores de la calle.

Chuck recuperó su moneda y entró primero en un pasillo.

Jo Zimmerman protestó:

—Y ahora. ¿Cómo haré mis fotos? No traje *flash*. No sabía…

—Espera un poco. En cuanto encuentre el cuadro de la alarma lo desconectaré y podréis tener luz.

—Ya está —dijo desde las sombras la voz de Chuck, momentos después.

El resto fue como la repetición de una maniobra bien aprendida. Una búsqueda en los posibles escondrijos de las cajas fuertes, el encuentro sucesivo, la disposición de los materiales para el trabajo. Zimmerman instaló su cámara en una mesa; Chuck, sus controles y puestos de vigía. Red y Bob eligieron la primera caja. La más pequeña, la más disimulada, la que a no ser por una maravillosa intuición del pelirrojo hubiera pasado inadvertida tras el panel de caoba que cubría las paredes del despacho del gerente de «Inform Co.».

Bob se felicitó de la pericia de su antiguo subordinado, quien ya afinaba sus dedos en la solapa del «mono».

Red estaba en tensión. Sus oídos, sus ojos, el sexto sentido del revientacajas, todo su cuerpo en fin, se hallaban pendientes de un *cric* imperceptible para el profano. Giraba lentamente una y otra vez la rueda de la caja sin que su expresión delatara más que una

concentración absoluta. Cada cinco minutos descansaba. A los quince sudaba ya. Su esfuerzo parecía vano e inútil. Pero el periodista no preguntó nada. Estaba acostumbrado a aquellas titánicas luchas contra los nervios y el tiempo.

En un reloj cercano sonaron las diez.

—Es cerradura especial —comentó Red—. De las difíciles. Apenas he conseguido la mitad de la clave.

Y en su descanso comenzó a hacer números en un papel. Cinco minutos después, con sólo dos tentativas, un nuevo *clic* sonó y la puerta cedió suavemente.

La caja estaba casi vacía. En el compartimento de arriba, unos fajos de billetes nuevos hicieron abrir los ojos desmesuradamente a Red. Cuatro o cinco libros y un archivador de cartas componían el resto.

—¿Vamos a dejarlos ahí de nuevo? —preguntó el pelirrojo.

—¡Claro está…! Y sin que se note que los hemos mirado siquiera.

Red calló, pensativo, y el periodista tomó uno de los libros. Por lo que pudo deducir en una primera ojeada, contenía listas de nombres y direcciones, escritos en clave; sumas de dinero anotadas, y poco más. Tomó otro. Era un libro de claves. En el archivador se guardaban más de doscientas cartas.

Todo aquello podía ser muy bien el archivo secreto de la sociedad de patentes y marcas, como en realidad constaba en la placa de la puerta. Nada tenía de anormal, dado el carácter ultraconfidencial de los archivos de inventos patentados.

En un cajoncito especial encontró diferentes rollos de microfilms. En unos sobres había guardados varios más. Éstos estaban ya revelados.

El periodista hacía su inventario mental, mientras trataba de decidir por dónde empezar, cuando Red llamó a su compañero:

—Oye, Chuck, ven aquí.

—¿Qué pasa?

—Hay algo raro. Mira —y señaló unos alambres casi invisibles que se perdían en el fondo de la caja fuerte.

Las manos de Chuck se metieron en el cofre apresuradamente. Casi aplastó la nariz de su amigo en la violencia de su nerviosismo. Cuando las volvió a sacar, parte de la pared posterior de acero

apareció desmontada en ellas. Adosado a esta fracción de plancha iba un extraño aparato.

—Bob, mira: ¡un oscilador! Ésta sancionando. Debe ser una telealarma.

Jo, que se había reunido con ellos, preguntó:

—¿Y qué? No se oye nada.

—Aquí no. Pero… en el cuarto de al lado… en el piso de abajo o en la manzana de enfrente ha hecho ya sonar la alarma por radio. Esto es una emisora en pequeño. ¡Larguémonos!

Bob Rogers debía estar pensando lo mismo, porque ordenó:

—Recoged todo. Nos vamos. Tú, Red, puedes tomar el dinero de la caja. Nos conviene que crean que fue un vulgar robo. Yo me llevaré los libros. Tú, Chuck, cárgate de nuevo los plomos. Jo, empieza ya a trepar por la cuerda.

Aquello parecía un manicomio. Iban de un lado para otro, como alucinados. Cada uno cumplía su cometido en segundos. Luego se apagaron las luces. Jo trepaba ya por la fachada. Red se disponía a seguirle.

En la puerta se oyó el roce suave de una llave introduciéndose en la cerradura.

Chuck y Red no tenían tiempo ya de escapar por la ventana. Alguien había entrado y buscaba a tientas el interruptor de la luz. El inútil «clic» del aparato se repitió varias veces sin resultado.

Dos sombras más siguieron a la primera. Se destacaban limpiamente en el marco de la puerta.

—Son tres, Chuck —cuchicheó Bob Rogers.

—Ya los he visto.

—Toma esta llave inglesa. Usala si alguno pasa a tu alcance. Yo tengo otra.

En la oscuridad brilló la luz de una cerilla. Se apagó al instante y se oyó un juramento.

Bob y Chuck habían avanzado a gatas hasta el mostrador. Se metieron debajo. Uno a cada lado del portillón de entrada, esperaron en cuclillas.

Un haz de luz finísimo recorrió la estancia; debía proceder de una lámpara de las que se adosan a los mecheros eléctricos o se llevan en forma de estilográfica. Pero nadie se movió. Los visitantes se mostraban cautos. La luz apagada los hacía desconfiados.

Bob pensó que, de haberse decidido al principio, hubieran tenido tiempo suficiente para escapar por la ventana como sus compañeros. Pero ya era tarde. Debía enfrentarse con las circunstancias, en forma de tres hombres, que por las sombras parecían bastante fornidos, y apechugar con ellos. La situación era comprometida y aquellos tipos no se conformarían con detenerlos y hacerlos prisioneros. Lo más normal era que fuesen pistoleros profesionales.

Al fin pareció que se decidían a actuar. Avanzaban. Se oyó pisar fuerte en dirección al portillón del mostrador. El periodista notó que su compañero se aprestaba al ataque.

Una mano empujó la portezuela con energía. Un haz de luz exploraba el camino. El hombre pasó y, tras él, otro. Un tercero les siguió de cerca.

Cuando Bob medía la distancia que le separaba de los dos últimos, el haz viró de repente y recorrió los bajos del mostrador. Antes de que llegara a él y le descubriera, saltó hacia adelante enarbolando la llave inglesa. Vio que Chuck hacía otro tanto.

Se oyó un *croe* macabro, como de cáscara de huevo aplastada con el pie. Casi a la vez, no lejos de Bob, sonaron un golpe y una maldición. Dos cuerpos cayeron a tierra. Pero uno se levantó. Era el enemigo que le había tocado en suerte a Chuck. Éste golpeaba con su llave inglesa a ciegas. El otro se debatía como un oso herido.

La lámpara eléctrica trataba de localizarles para centrar el blanco. Se oyó un disparo, después otro y otro. Fogonazos, olor acre de pólvora, cristales que volaban hechos añicos.

—¡Chuck, escapa!

La voz de Bob pareció el resorte que dispara un muelle. Chuck saltó hacia la puerta, tan rápido como las balas que le seguían; la cabeza gacha, el cuerpo curvado, corriendo en un alucinante zigzag, perseguido por sibilantes proyectiles. En el marco de la puerta, iluminado por la luz del exterior, destacó un momento la figura del fugitivo.

Bob, a su vez, había aprovechado el segundo que duró la fuga para pasar al otro lado del mostrador y guarecerse allí. De momento estaba a salvo. El otro no tardaría en rebuscar de nuevo con la linterna. Oyó un lamento. Debía ser del tipo a quien Chuck atacó, porque el suyo era bien seguro que no despertaría sino en el

hospital.

La luz de la linterna no se volvió a encender. Su dueño temía sin duda que lo hiciera un blanco demasiado fácil. No se movía. No le era posible adivinar si su enemigo iba armado o no. Bob se felicitó de esta duda, porque no llevaba pistola ni nada que se le pareciera. Odiaba las armas de fuego, sobre todo cuando estaban en la acera de enfrente.

El periodista se dio cuenta de que, aun permitiendo huir a sus amigos, apenas había logrado nada. En el nerviosismo de los últimos momentos se había olvidado de entregar a sus compañeros los documentos sustraídos de la caja. Los llevaba consigo, y debía huir, y pronto, si quería sacarlos de allí.

Para localizar a su enemigo, sacó un poco la cabeza y atisbo hacia el fondo de la habitación. Las cortinas que ellos mismos habían corrido para evitar ser descubiertos desde la calle hacían la oscuridad casi impenetrable. Sólo el resplandor que entraba por la puerta permitía distinguir algunos contornos.

Entre las sombras rectilíneas de los muebles, Bob creyó distinguir un bulto amorfo, como el de un hombre agachado. Con toda su fuerza arrojó la llave inglesa contra el bulto. El ruido del golpe fue seguido de dos detonaciones.

En fracciones de segundo se dio cuenta de que el pistolero había disparado instintivamente en dirección al lugar donde la llave había caído. Y salió de estampida hacia la puerta.

Las balas dibujaron peligrosamente su trayectoria, con error de pocos centímetros; los suficientes para no darle, por fortuna. Cuando llegó al pasillo oyó unos pasos pesados que avanzaban tras él.

Bob no tenía curiosidad por conocer personalmente a su perseguidor. Y menos sabiendo que iba armado: le importaba más poner entre ambos buena distancia. Pero el hombre corría por el pasillo armando más ruido que todo un regimiento al ataque. Disparaba a locas, mientras él buscaba afanosamente la escalera de servicio.

Con un largo patinazo que frenó su marcha, llegó por fin Bob a la puerta de escape. Apretó el pomo y se metió dentro.

Retrocedió instintivamente. En la sombra del rellano había otro hombre.

Pudo conocerlo a tiempo: era Chuck. Según lo convenido, la escalera era el camino de retirada.

Sólo pudieron cruzar unas palabras:

—¿Has visto a los otros?

—Me esperaban aquí. Los mandé abajo.

—Vete tú… Toma —y le dio la bolsa con los documentos robados.

Se oyó llegar al hombre de la linterna.

Chuck salió disparado.

Se abrió la puerta. Bob se pegó a la pared, tras ella. El otro entró.

Era un mozarrón fornido que empuñaba una «Luger». Debió oír los pasos del fugitivo. Se lanzó detrás. Pero sin tocar con los pies los escalones: salió de cabeza. Bob le echó una buena zancadilla y le ayudó a volar con un golpe de hombro en la espalda. El corpachón rebotaba con estrépito, escaleras abajo.

Bob salió tras el pistolero y llegó al rellano cuando el otro, a pesar de estar hecho polvo, intentaba levantarse. El caído se le agarró a una pierna; pero, apenas sus manos rozaron el pantalón del periodista, el pie libre de éste se movió implacable y una patada en pleno rostro lo sumió en negros sueños.

La «Luger» brillaba cuatro peldaños más abajo. Bob la recogió y reemprendió la fuga.

Pero al llegar a la puerta se dio cuenta de que estaba bloqueada por dos agentes de la Metropolitana. Sacaron sus pistolas rápidamente al verle bajar armado. Iban a disparar. Se les veía en las caras la satisfacción.

Como si fuera una serpiente venenosa, Bob soltó el arma que llevaba en la mano. Los otros se pusieron cómodos, pero no por ello dejaron de seguir apuntando.

Le sacaron al pasillo. Chuck, Red y Jo le aguardaban allí; pero esposados y custodiados por cuatro policías de uniforme. En la cara del pelirrojo había un gesto de ironía. En la de sus amigos una mirada que lo esperaba todo de él, aunque no podían disimular el temor.

Bob hizo una seña. Llamó:

—Teniente.

—Diga.

—Mi contraseña es: «Papá Marone».

El oficial asintió y se limitó a ordenar:

—Suéltenlos.

Se sabía bien la lección.

—Que nos devuelvan todo. Ésas son las órdenes —objetó el periodista.

Los agentes, estupefactos, devolvieron el botín.

—Que me ahorquen si lo entiendo —rezongó uno.

El teniente le cortó secamente:

—Cállense y obedezcan.

Bob recogió la bolsa. Los demás lo suyo. Red reía divertido cuando recuperó la cartera con el dinero robado en la caja.

El periodista declaró:

—Arriba hay tres tipos. Los que armaron la ensalada de tiros. Interesan al capitán. Ya tienen ustedes un motivo por el cual intervenir. Adiós, gracias, y suerte…

Los cuatro asaltantes salieron a la calle antes de que cualquier testigo molesto pudiera ver cómo unos ladrones eran cordialmente despedidos después de realizar su atraco.

Aquella noche los laboratorios de la policía trabajaron a toda presión. En el Departamento de Claves, sobre todo, no quedó una sola máquina parada. Calculadoras, cerebros electrónicos, matemáticos distinguidos y expertísimos criptógrafos colaboraron para descifrar la clave de los documentos encontrados en las oficinas del «Inform Co.». Un nuevo equipo les relevó por la mañana. A mediodía, Freddy Marone tenía ya sobre la mesa de su despacho un informe bastante completo de las actividades de la falsa compañía de patentes y marcas.

El capitán decía a su amigo Rogers:

—Buen trabajo, chupatintas. En el informe hay de todo: venta de drogas, entrada de las mismas en el país, compraventa de confidencias. Y hasta se insinúa el espionaje. No se privaban de nada estos puntos.

—Pero —protestó Bob—, es absurda la mezcla. Cualquiera de esos *negocios*, por separado y bien explotado, da saneadas rentas. ¿A qué viene, pues, esta explosiva acumulación de actividades? No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero ésa es la realidad. No tardaremos en saberlo

todo. El
F. B. I.
está en el asunto. El expediente pasó a sus manos. Tienen listas de nombres, incluso. De un momento a otro comenzarán las detenciones.

El periodista calló unos instantes. Luego, con desgana, comentó:

—Total que el caso se nos escapó. Ya no pintamos nada en él. Llegaron los maestros, y todos a callar.

—Eso es.

—¿Y de Karen? ¿Sabes algo?

—Iba a decírtelo. Recibimos una comunicación de la policía del Estado de Florida. Al parecer ha escogido mejores aires. Trabaja en Miami. Según informan, se la ve con frecuencia junto a un millonario. Jan Duke es su nombre.

Esta vez el silencio del periodista fue más largo. Parecía tomar una decisión. Al fin dijo:

—Bien, así mi trabajo no ha terminado todavía. He de hacer algo. Al menos intentarlo. No me vendrán mal unas vacaciones en las playas del Sur…

El capitán le miró fijamente y sonrió.

—Sólo me resta desearte suerte. Hasta la vista.

CAPÍTULO IX

En Florida está la mejor cadena hotelera mundial y su costa es la que más millonarios reúne por kilómetro cuadrado.

Cada temporada hay una docena de personajes fabulosos cuyos pasos y acciones son seguidos con expectante precisión por la Prensa. Personajes para quienes el mundo de los números empieza en las cifras de seis ceros. A su alrededor, inevitablemente, mosconea una cohorte de personajes menores a la espera de que caigan algunas migajas.

La temporada en que Bob Rogers llegó a Miami, entre todos los personajes bien provistos de dinero destacaba uno. Era poco conocido en el país. Sus negocios eran casi un misterio. Se sabía que era suyo algún hotel, algún club nocturno e incluso alguna casa de juego en Las Vegas. Las gentes aseguraban que era multimillonario. Ni siquiera el Fisco tenía nada que decir sobre su fortuna. Sus impuestos eran los de cualquier burgués regularmente adinerado, e indudablemente no correspondían a los signos externos de su riqueza. Esto suele significar una cosa, pero ¿quién la demostraba?

Lo cierto es que a Jan Duke la naturaleza le había dotado de una serie de cualidades que hacen soñar a las mujeres. Y en este caso, una fortuna regular adquiere pronto en labios femeninos proporciones astronómicas.

Eso sí, Duke sabía rodearse de un aparato casi oriental. Su yate «Reina del Caribe» era un cazasubmarinos de los que al término de la guerra pasaron a la reserva. Motores potentísimos, estructura a prueba de metralla, fue acondicionado para su carrera civil por los mejores mueblistas y decoradores de Europa. Los astilleros suecos hicieron de él un auténtico palacio dotado de todos los adelantos técnicos. Y desde entonces se había convertido en residencia

habitual de aquel brillante personaje.

Jan Duke tenía apenas cuarenta años. Alto, bien plantado. Las mujeres lo encontraban fascinador. Y a pesar de haber llegado esto demasiadas veces a sus oídos y de creérselo a pies juntillas, no era imbécil. Obraba, pasaba por la vida como un *dandy*, pero no tenía un pelo de tonto. Era un águila, y su dandismo una simple máscara. Sólo había que ver sus ojos y sus manos. Le delataban como persona dispuesta a saltar por encima del cadáver de cualquiera para conseguir un dólar. Tenía fuerza y decisión. Era un hombre nacido para mandar.

Todo esto y mucho más se lo contó a Bob Rogers, a las tres de la mañana, el solitario barman del aeropuerto, mientras le preparaba unos huevos fritos con jamón y café bien cargado. Cuando hubo comido y bebido, el propio barman le recomendó un hotel barato, al cual se dirigió inmediatamente.

Bob se desnudó tras deshacer la maleta, se metió debajo de la ducha, y cuando notó que su cuerpo tenía el conveniente grado de frescura se metió en cama. Estaba cansado y pidió fervorosamente a sus manes que el sueño le durara por lo menos hasta el día siguiente por la tarde.

Cuando despertó y miró el reloj, tardó unos instantes en adivinar si la hora correspondía a la mañana o a la tarde. Pero su falta de sueño y su cabeza totalmente abotargada le dieron la respuesta: era por la tarde, en efecto.

Se duchó para espabilarse, se afeitó, y al cuarto de hora estaba acodado en el «*snack* bar» haciendo un pedido a la camarera con el que bien podía alimentarse una familia entera.

Luego marchó al otro extremo de la ciudad. En la cabeza le bailaba el nombre del hotel donde la policía de Florida había localizado a Karen Oaks. El «Pelikan Hotel».

Un gran pelícano siluetado por neón azul le señaló la posición exacta del albergue. Bob sonrió. Karen no debía estar muy boyante de dinero. A pesar de la escenografía, que al anochecer lo hacía parecer algo más importante, el «Pelikan Hotel» no era ni más ni menos que un alojamiento modesto.

Eran las ocho. La hora menos apropiada para encontrar a la muchacha en su refugio; la hora de la cena, o del aperitivo; en todo caso, no la más apropiada para que una chica como Karen se

quedase encerrada sola en su guarida.

Bob comprobó que su suposición era correcta. El empleado de la conserjería miró en el casillero de llaves y correspondencia. Señalando la casilla número 45, dijo:

—Ha salido.

En efecto, no había rastro de llave en el lugar señalado por el dedo del conserje.

Bob apuntó mentalmente el número, junto al pensamiento de lo fácil que resulta saltar el seto de un motel de cabinas desperdigadas.

—¿Sabe usted dónde trabaja?

—Actúa a partir de las doce en el «Capricorn Club». Es la atracción número uno.

Bob dio las gracias y se largó. Tenía cuatro horas disponibles.

Una parte de aquellas cuatro horas la destinó a alquilar un coche. Fue un «Mercury». Bob era fiel a la pequeña rutina en sus cosas.

Las saetas se confundían sobre el número doce de la esfera de su reloj cuando entró en el «Capricorn Club», un jardín cerrado, discreto, oscuro, perfumado por todos los aromas de la noche tropical e inundado de música suave, lenta, adormecedora.

Ancló en la barra y pidió *whisky*. Poco después hubo un cambio de luces y un foco trazó su círculo mágico sobre la pista. Surgiendo de la penumbra, Karen penetró en el círculo. Su vestido, de color rojo brillante, había perdido mucha tela en su viaje de Nueva York a Miami. Cosas del calor. Un generosísimo escote, un perfecto enguantado del vestido al cuerpo, y su piel bronceada, quién sabe a costa de cuántos dólares, daban a la muchacha un estimulante encanto.

Pero Bob dejó sus disquisiciones al darse cuenta de que Karen se acercaba a la barra cantando. Él tenía ahora demasiado trabajo con mirar.

La luz del foco debía cegar a la muchacha, empero, porque no le vio, aun estando a menos de dos pasos. Siguió cantando, acodada en el bar, sin reconocerlo.

El orgullo del periodista se rebeló en sus posos.

Acabada su actuación, la cantante se retiró. Insistieron los aplausos, pero ella no volvió a aparecer. Un vecino de barra explicaba a otro que la chica actuaba cada cuarto de hora.

Pasaron los quince minutos, veinte incluso, y la actuación se retrasaba inexplicablemente. Hubo de pasar media hora hasta su reaparición. Y esta vez Karen no se movió de la pista. Parecía nerviosa, agitada. Sus ojos vagaban inquietos por la sala y sus manos sostenían inseguras el micro.

Al lado del periodista dos muchachas cuchicheaban, pero no lo suficientemente bajo como para que él no lo oyera. Una dijo:

—Jan está completamente embobado. ¡Cómo la mira!

Su compañera respondió resignada:

—Así es. Por esta temporada podemos despedirnos de él. Lo ha cazado bien. No la deja ni a sol ni a sombra.

—Hasta el próximo año. Le durará una temporada; como los coches. Pero aun quedan buenas piezas.

—Sí, claro, no faltan. Lo malo es que los millones suelen ir acompañados de barriga, úlcera, cólicos hepáticos y mal humor. Como Jan Duke entran pocos en una decena…

Bob Rogers estaba muy interesado en aquella conversación, sobre todo por el hecho de que Karen fuera él objeto de ella. Hubo de confesarse que algo parecido a los celos le removía las tripas.

Un buen trago de *whisky* le hizo bien. El vacío del estómago se llenaba. Pensó que los celos eran una extraña enfermedad de más extraña localización, y el alcohol la mejor medicina.

Siguió escuchando a las muchachas:

—Ella parece algo fría.

—Pues no me lo explico.

—¿Por qué no?

—¡Qué sé yo!

—¡Pero es tan difícil! Yo iría hasta el fin del mundo si un hombre así me lo mandara.

—¿Y tu padre, qué opina de eso?

—Si le hiciera caso estaría fabricando en serie robustos niños para cuidar su rancho. Marido trabajador y fuerte, prole numerosa: dos hermosas perspectivas a sus ojos, que para mí no tienen el menor aliciente.

—Mira… ¡Cómo le sonríe!

Bob siguió la dirección de las miradas. En una mesa preferente descubrió a Jan Duke. Inconfundible. Le acompañaban varios hombres. Entre ellos el millonario destacaba. Tenía fuerte

personalidad. Los demás eran simples corifeos, con un denominador común de vulgaridad en rostros y maneras.

Jan Duke era un tipo que merecía estar en el cine. Aun sentado, sobresalía su estatura. Su piel había adquirido un tono dorado. Sus maneras eran suaves, la sonrisa displicente, todo él respiraba un aire de indolente superioridad.

El verde fulgor de la mirada de Karen se dirigía hacia el grupo. A Bob, el vacío del estómago le reapareció con más fuerza.

Volvió a pedir otro *whisky* doble. Y la canción terminó.

Fue una especie de sexto sentido lo que le avisó Por una milésima de segundo le pareció como si la mirada de Karen se concentrase sobre su persona; como si por un momento se reflejase en sus ojos el leve destello de un rayo de luz verde. Pero se dijo que no podía ser. Se hacía ilusiones. Iluminada de cara por el foco, ella no podía verle en la sombra.

Bebió otro trago. A su lado las muchachas seguían hablando de sus planes para no llegar a viejas sin dinero. Las parejas llenaron la pista y la luz se apagó casi totalmente en el centro, para aumentar ligeramente en el bar. La orquesta tocaba un viejo «*blues*».

El periodista esperó, sin saber qué exactamente. Pero esperó. Y sobre todo bebió de lo lindo.

Karen Oaks siguió sin aparecer.

Cuando al fin lo hizo, coincidió su aparición con la de una muchacha que se acercaba directamente al taburete del periodista. Karen iba también directamente, pero a la mesa donde Jan Duke se levantaba para recibirla.

Bob dejó de mirar en aquella dirección. La muchacha recién llegada se había sentado a su lado. Tampoco estaba mal. Tenía de todo. Su cara era bonita y en sus ojos brillaba algo más que las chispas del vino. Su sonrisa, picara y simpática, formaba dos hoyuelos en sus carrillos. Ladeaba la cabeza con mucha gracia.

Le miraba insistentemente. Él saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Buenas noches —dijo ella.

—Adorable saludo. ¿Cómo sabe que están buenas las noches, jovencita?

—Me basta con desear que lo estén.

Bob rió.

—Me gustas. Eres simpática. Me llamo Rogers.

Con un hilo de voz dijo ella:

—Ya lo sabía —y le tendió la mano.

Al estrechársela, Bob sintió que le entregaba un papel arrugado. Lo atrapó y se lo guardó en el bolsillo. La muchacha le lanzó una mirada de inteligencia. Luego dijo, como si el comentario no tuviera nada que ver con aquella misteriosa comunicación:

—¿Benita la cantante?

—Más que bonita, maravillosa —respondió él, y se dio cuenta de que aquel mensaje, llegado con tantas precauciones, venía de Karen.

Por alguna razón la muchacha no podía comunicarse abiertamente. En el papel, estaba seguro, debía hallar la explicación de su extraño proceder.

Charló un rato con su vecina. La invitó a una copa. Después pagó y se despidió por unos momentos para marcharse hacia la puerta de servicios. En la soledad de los blancos departamentos subterráneos sacó el estrujado papel del bolsillo.

Con letra nerviosa, a lápiz, decía:

> «Le han reconocido. Dos hombres le esperan a la salida. Cuidado. No puedo hacer nada más por usted. No trate de hablar conmigo».

¿Qué querría Karen esta vez? Estaba claro que le avisaba de un peligro real. También estaba bastante claro que aquellos hombres debían ser los mismos que en Nueva York fueron a por él. No tenía ningún lío en aquella parte del país. Pero ¿por qué le prevenía ella? No cabía duda de que Karen había estado ligada de un modo u otro al tristemente célebre Dingo Lecoq, y que la pandilla que le raptó en Nueva York no era ajena a la muchacha. Ahora, embotellado en un lugar público, Karen le ponía sobre aviso de que le estaban esperando a la salida, exponiéndose ella misma a que el mensaje fuera interceptado y a pagar las consecuencias. Había sido reconocido. Bien, ¿cómo lo sabía ella?

Bob dejó de pensar en aquel galimatías para planear su evasión. Además, era estúpido intentar aclarar con lógica la conducta de una mujer.

Debía salir de allí. ¿Cómo? Pensó largo rato y se planteó varias soluciones. Sabía de sobra que situaciones como aquélla tienen por lo general un destino común: el cementerio.

Salir a cuerpo descubierto haciendo frente a quienes le esperaban era un suicidio; y sin pistola, una idiotez soberana. Cualquier forma de intento de huida tenía pocas probabilidades de éxito contra una banda que tanta astucia y efectividad había demostrado al raptarle en plena calle de Nueva York.

¡Policías! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Benditos policías! De pronto sintió una repentina admiración hacia los uniformes.

Había regresado al bar casi maquinalmente. En la mesa de Jan Duke resaltaba la maravillosa espalda de Karen: una pura tentación a la caricia. Y se levantó del taburete, apenas recién sentado, para marchar otra vez en dirección a los sótanos. Vio una cabina de teléfono. Se introdujo en ella.

Fácil… Demasiado fácil para asunto tan complicado.

Comunicó con la central de Policía.

—Aquí el «Capricorn Club». Se acaba de cometer un asesinato —comunicó, con voz llena de dramáticos tonos.

La frase quedó en el aire. Se abrió la puerta de la cabina y se sintió sujeto por una garra poderosa que se aferraba a su cuello. El auricular cayó de su mano y quedó penduleando violentamente. Sin saber cómo, fue lanzado, contra un nuevo intruso que esperaba en el pasillo.

En aquel sector del campo de batalla fue recibido con dos directos en la boca del estómago, que le hicieron subir el *whisky* hasta las mismas narices. Se dobló hacia adelante y, mientras juraba, decidió que aquella postura era ideal para lanzar un cabezazo a las tripas de su enemigo.

Avanzó con todas sus fuerzas, la cabeza como un ariete. Pero su contrincante se apartó instintivamente con el tiempo justo de librarse del impacto.

La suerte ayudó una vez más a Bob. De haber lanzado el cabezazo hacia la pared, se hubiese hecho los sesos papilla. Pero enfocó la salida del corredor en su carrera, no encontró obstáculo y salió disparado pasillo adelante.

Cuando quiso frenar había atravesado ya unas cortinas y se encontraba en la sala.

Del pasillo salían los dos mastodontes, tratando de disimular. Había demasiada gente en la pista de baile para que se atrevieran a proseguir el juego.

Bob reconoció a uno de sus atacantes. Hacía unos instantes le había visto hablar animadamente con uno de los acompañantes del apuesto multimillonario.



Enarbolando la llave inglesa.

Se marchó una vez más hacia la barra del bar. Los dos tipos que le habían atrapado bloqueaban la salida y no le quitaban ojo de encima. No le quedaba más remedio que esperar, y así lo hizo.

No pasó ni un cuarto de hora. A lo lejos sonaron las sirenas de la Policía. Se las oyó más claramente al parar enfrente mismo del club. La gente se miraba entre sí con expresión interrogativa.

Dos muchachotes de azul, con sus balanceantes porras en la mano, entraron escoltando a dos hombres en quienes el traje de paisano no disimulaba su condición de polizontes. Barrieron el local con la mirada y el gerente les salió al paso. Los recién llegados preguntaban, y el gerente, con los brazos abiertos y las palmas boca arriba, trataba de explicar que nada delictivo había sucedido en su local, el más respetable en cien millas a la redonda.

Los policías debieron estimar poco serio el testimonio del hombre, porque le apartaron y se metieron entre las mesas en dirección de los departamentos interiores.

Bob Rogers, a la sombra de su credencial de periodista, logró acogerse a la del inspector.

Media hora más tarde, su «Mercury» seguía al coche del Departamento, en espera de que el inspector le diera ciertos datos con los que había prometido llenar una crónica para su periódico de Nueva York.

Capítulo X

Eran las tres de la madrugada. Bob Rogers conducía su «Mercury» alquilado, sin prisas, recreándose en el manejo. Cada vez que se libraba de ser apiolado, le invadía una gratísima sensación; le parecía vivir la vida por primera vez.

Iba despacio. No tenía prisa. Era otoño, cerca ya del invierno, y las noches alargaban mucho en espera del alba. Cuanto más tarde llegara a su destino, menos peligro había de encontrar despierta a la gente curiosa, que se asusta y chilla por el simple hecho de ver a una sombra saltar los setos.

Al llegar frente al «Pelikan Hotel» paró el coche. No vio luz más que en la conserjería. Recordó un número: el 45, perteneciente al casillero donde Karen dejaba la llave de su cabina. Siguió luego adelante, tras comprobar que sólo el conserje de noche estaba en vela.

Al llegar a la primera curva salió de la carretera, aparcó junto al seto y quitó el contacto. Miró el reloj. Eran las tres y media. Faltaban, pues, más de cuatro horas para el amanecer.

A la tenue luz del cielo brillantemente estrellado y del débil reflejo de las luces de la ciudad, calculó el número de cabinas que componían el hotel. No habría más de cincuenta. No tenía mal ojo y recordó, además, que el 45 era una de las últimas casillas del panel de llaves y correspondencia de la conserjería. Lógicamente, pues, la pequeña construcción ocupada por la muchacha debía ser una de las cinco últimas. Era un pequeño grupo, alineado sobre un saliente rocoso, cerca de la playa.

El seto de la finca no tenía más de un metro. El tronco de una palmera le sirvió de trampolín y lo saltó sin más dificultades.

Una serie de pequeños senderos intercomunicaban las cabinas.

Por el más apartado bordeó la finca, procurando protegerse con la sombra de los tejos.

Estaba pensando lo romántico que resultaría tener una novia en aquel pequeño paraíso, cuando dio con el número que buscaba. Un flamante 45, pintado de negro, destacaba sobre la blanca pared del albergue.

Hacía calor. Pensó que Karen debía dormir con las ventanas abiertas y lo comprobó dando una vuelta de reconocimiento a la pequeña construcción. Sentía la misma emoción que cuando, en sus correrías infantiles, llegaba a casa más tarde de la hora prevista en el permiso paterno y debía alcanzar la ventana de su dormitorio trepando por la cañería de desagüe. Pero en este caso el alféizar de la ventana que era su objetiva podía alcanzarse sin equilibrios peligrosos. La casita tenía una sola planta.

El dormitorio estaba a oscuras, y las finas cortinas blancas, movidas por la brisa, le impedían ver el interior.

Presionó el batiente. La ventana cedió sin dificultad hasta, dejar paso suficiente. Sobre la cama, en un ángulo de la habitación, se distinguía el busto de un cuerpo humano envuelto en las sábanas. Una satisfacción casi angustiosa le invadió al identificar aquel cuerpo.

Se metió dentro. A tres metros escasos, Karen dormía plácidamente. Su respiración tranquila acompañaba el rítmico movimiento de la sábana.

Estuvo unos instantes contemplándola, antes de decidirse a chistar. Pero no obtuvo contestación. Retrocedió de nuevo hasta la ventana y acompañó la llamada con pequeños golpes en el cristal.

La figura se removió en el lecho. Las curvas de la sábana formaron otra combinación no menos seductora.

Una voz adormilada articuló débilmente.

—¿Quién va?

—Soy Bob Rogers. Necesito hablar contigo urgentemente.

Al escuchar la voz del hombre, la muchacha ve levantó de un salto. Bob veía su blanca silueta junto a la cama. Empuñaba una pistola. Después oyó su voz. Tenía tonos de dureza inusitada que no le gustaron. Estaba diciendo:

—No cometa la tontería de moverse. Estoy empuñando una pistola y sé cómo usarla. Dispararé al menor movimiento.

La blanca figura avanzó de costado e hizo funcionar el conmutador.

A la luz, se veía la decisión pintada en la cara de ella. Los labios eran una pura línea. Un rictus de firmeza apretaba su boca. A pesar de hallarse aún medio dormida, estaba claro que le hubiera costado muy poco apretar el gatillo.

Era una Karen diferente, como Bob no la había visto nunca. Una Karen que casaba muy bien con el asesino Dingo y su pandilla. En aquellos momentos era exactamente la peligrosa tigresa que había imaginado unida al *gángster* sin escrúpulos a quien no importó despenar a una docena de chiquillos de quince años.

Una extraña revolución se operó en la cabeza del periodista. Ya no pensaba que acudía a una cita agradable con una mujer que continuamente había ocupado su pensamiento en los últimos tiempos. En su cerebro empezó a brotar un plan para intentar sacar de su escondrijo el ovillo, por el cabo que tan a mano tenía. Bello cabo, en verdad, apetecible y capaz de hacer perder la cabeza al más sereno hijo de vecino; pero la mejor pista, también, por la que llegar a la misteriosa cabeza de aquella organización inaccesible a las más hábiles pesquisas.

En aquellos breves instantes otro pensamiento punzó su cerebro. Según su amigo, el capitán Marone, el F. B. I, había entrado en acción. Sería interesante llevarles aquella pieza para que la trabajaran como solo ellos sabían hacerlo.

De pronto la chica se movió hacia él. Pareció como si, de repente, se diera cuenta de la situación y de los pensamientos del periodista. La actitud de defensa se desvaneció, sus trazos se dulcificaron, la pistola dejó de apuntar al visitante.

Bob aprovechó este cese de las hostilidades para ordenar secamente:

—Apaga la luz. Pueden vernos desde el exterior.

Karen obedeció. Había dejado la pistola sobre la mesita de noche, y le esperaba arreglándose la bata.

Algo inquieto por aquella visión y por el tropel de pensamientos que la siguió, Bob no se atrevió a avanzar. La muchacha lo hizo por él. Se le acercó. Su sombra, vaporizada por la muselina, se movía en un irreal ritmó como de *blues*, fabuloso, fascinante. Su perfume punzaba el cerebro como un rayo de luz surgido de la oscuridad.

Inopinadamente, la fantástica sombra le tendió los brazos al cuello. Sintió en su nuca, después en su cara y al fin en sus labios, el tibio contacto de aquella piel suave. El estremecimiento de gozo que siguió al abrazo le impidió oír las palabras de saludo de la muchacha.

Bob se deshizo como pudo de aquella presa deliciosa.

—Salgamos de aquí —dijo—. He de hablarte. Esto es una ratonera. Tengo el coche aparcado en la curva. Te espero allí. Es un «Mercury».

Karen se apartó. Se puso a revolver en un armario buscando un abrigo.

Bob fue hacia la puerta y salió. Se dirigió al sitio por donde había entrado.

Díjose que unos minutos de aire libre y un buen trago de la botella de *whisky* que llevaba en el coche le aclararían las ideas y le darían serenidad suficiente para enfrentarse de nuevo a Karen con más dominio de sí mismo.

Y se hubiera dicho muchas cosas más si las sombras del camino por el que pasaba, abstraído en sus pensamientos, no hubieran cobrado movimiento de repente. Gozaba ya anticipadamente del caliente contacto del licor en su garganta, cuando sintió como si la tierra del sendero fuera arena movediza y le tragara sin remisión, Un gusto agridulce le inundó la boca y ante sus ojos pareció estallar todo un castillo de fuegos artificiales. Luego se hundió en la nada. No escuchó siquiera las primeras palabras del diálogo que se entabló junto a su cuerpo caído.

—¿Es éste, Joe? —preguntó una voz bronca.

—Éste es. No se me olvida fácilmente una cara.

—Cárgatelo a la espalda y llévalo hasta su coche. Está aparcado en la curva. Es un «Mercury». La muchacha no debe verle, ni él a la muchacha. Ésas son las órdenes. La lancha está amarrada al muellecito del promontorio. Yo regresaré con la chica en el bote pequeño.

Veinte minutos más tarde dos motoras dibujaban sobre el mar oscuro líneas de espuma. Se dirigían hacia un punto donde las luces de posición de un navío de alto bordo eran la única señal de vida.

Las lanchas se acercaron a la escalerilla del navío una tras otra. De la primera desembarcaron tres hombres, llevando un bulto

alargado. De la otra dos más y una mujer. Los motores de las embarcaciones dejaron de petardear y los misteriosos pasajeros se perdieron en las oscuras entrañas del barco.

Tal vez fueran las luces apagadas, la ausencia de movimiento en las cosas y en el mar, quizá la neblina que daba a todo un aire irreal; pero en la noche flotaba un hálito de muerte, ese misterioso soplo que hace aullar de miedo a los perros, que hace abrir desmesuradamente los ojos de terror a los seres primitivos y protegerse la cabeza con las manos en lo más recóndito de sus chozas. Parecía como si aquella noche la muerte hubiera elegido los solitarios caminos del mar para su ronda trágica.

Pero, de momento, nada semejaba suceder. Sólo las luces de dos pesqueros de camarones se mecían con el oleaje, despidiendo destellos a un par de millas, hacia el Este.

CAPÍTULO XI

Cuando Bob comenzó a darse cuenta de que no se había hundido en un pantano, habían pasado dos buenas horas. El suelo del lugar tampoco correspondía al del sendero donde había caído. Era mucho más duro. En lugar de tierra parecía metal, rígido, frío. Intentó moverse. Ni las manos ni los pies lograban separarse. Estaba atado. Sentía las ligaduras morder en la carne.

Consiguió sentarse, pero de buena gana hubiera seguido en la primitiva postura. La cabeza le daba vueltas y, de vez en cuando, aun veía en la oscuridad alguna que otra estrella.

Cuando hubo recuperado casi por completo la conciencia y los cinco sentidos le funcionaron con cierta regularidad, sintió que un ligero temblor hacía trepidar levemente el suelo. Era como si un poderoso motor funcionara al ralentí debajo mismo de sus posaderas. Esto y el inconfundible olor salino de moho y suciedad de los pañoles poco ventilados le hizo adivinar que estaba a bordo de sólo Dios sabía qué embarcación.

Únicamente le quedaba el recurso de esperar y maldecirse una y otra vez por su estupidez. Estúpido integral; eso era lo que había sido, por meterse en la misma boca del lobo.

Y lo peor del caso era que apenas había logrado colocar en su periódico otra cosa que crónicas que nada nuevo decían, salvo sus inventadas sospechas adobadas con cuatro adjetivos. Caldo de cerebro y tela de saco, eso es lo que eran. Y la gente no era tonta. Quería que se descubriese a los asesinos. Ya estaba Harta de que el periodista contara cómo había estado a punto de dejar el pellejo en diversas ocasiones.

Se habría maldecido unas mil veces, cuando oyó que abrían la puerta de su encierro.

La luz del exterior, aunque no muy brillante, le cegó un momento. Un hombre vestido con camiseta a rayas y pantalón de dril azul entró, le desató los pies y lo levantó de un empellón sin decir palabra.

Salieren. Al llegar al piso superior, Bob se dio cuenta de que el barco era un auténtico palacio flotante. Los bronces brillaban en consonancia con las maderas pulcramente barnizadas y la pintura nueva de paredes y techo.

Por una natural asociación de ideas, tuvo la certeza de que se encontraba a bordo del «Reina del Caribe», el yate del multimillonario Jan Duke. Todos los detalles de la decoración eran un suntuoso derroche de lujo.

La luz se iba haciendo en su cerebro: Karen y Jan Duke en el *cabaret*, ella avisándole de que estaba en peligro, la visita al motel y la amenazante actitud de la muchacha: por fin el rapto, y ahora el lujoso yate sirviéndole de prisión. Una sola cosa no cuadraba en aquel conjunto: el providencial aviso de Karen en el club. Esto era lo único; porque la colaboración de la cantante con aquel grupo estaba más que clara. Vivía entre ellos, los conocía, reclamaba el cadáver de uno de los asesinos.

El periodista se dio cuenta de que inconscientemente asociaba al millonario con aquella pandilla. ¿Sería casualidad el hecho de que Jan Duke tuviera a su alrededor miembros de aquella cuadrilla y que aquel barco le hubiera parecido el «Reina del Caribe» sin serlo en realidad?

Una idea le hizo reír, mientras caminaba a lo largo del pasillo: ¿El ataque de aquellos dos tipos en el club y su consiguiente rapto no serían dos expeditivas maneras de que un enamorado celoso se servía para quitárselo de en medio? El millonario de rostro apolíneo no era de los tipos que admiten la derrota en amor. Y estaba interesado por Karen. No cabía duda.

Pero Bob rió. Pensó que estaba metido en una aventura real, en pleno siglo veinte, y no en la trama de una novela romántica. De todos modos era estúpido preocuparse, cuando, por lo visto, de un momento a otro iba a conocer la verdad.

La mano del marinero que le seguía pasó por su costado y abrió la puerta del fondo del pasillo. Ante el periodista había un salón, compendio de todo el lujo vislumbrado en su corto paso por el

buque. Sentado en un amplísimo sillón forrado de cuero verde, estaba Jan Duke en persona. Con él se hallaban cinco hombres, distribuidos estratégicamente por la habitación. Las cortinas de los ventanales estaban corridas.

Sin que se lo ordenara, el marinero le soltó las manos.

Nadie había hablado aún cuando un leve soplo de aire indicó a Bob que la puerta se había abierto tras él. No tuvo que volverse para ver al nuevo asistente, porque Jan Duke saludó afectuoso:

—¡Hola, Karen! Llegas a tiempo, cariño.

La muchacha se paró un momento ante el periodista, le miró fijamente en silencio y fue a sentarse al lado del millonario.

Jan Duke prosiguió:

—¡Hola, Karen! Te he saludado.

—Hola —contestó ella con desgana.

—He traído a tu amigo a bordo para que podáis continuar la conversación que empezasteis en el motel. Supongo —aclaró-que no tendréis inconveniente en que mis amigos y yo estemos delante.

—Eres muy ingenioso, Jan —contestó sarcásticamente la muchacha—; pero antes, me gustaría saber también a mí qué juego es éste y cuáles son sus reglas.

—No es juego, muñeca. Es que me intereso por tus cosas, y una de ellas es la conversación que hizo ir a este tipo a despertarte a las cuatro de la madrugada.

—Si eso es todo, resulta fácil complacerte. La conversación que mantuve con este caballero no tiene continuación. Por mi parte dije cuanto tenía que decirle.

—¿Qué fue ello?

—Que se fuera a paseo.

—No intentarás hacerme creer que se dirigió a tu habitación de madrugada para requerirte de amores.

—En efecto, no lo hizo.

—Ésa no es respuesta.

—Ni pretende serlo. Pregunta claramente y responderé si lo creo conveniente.

—¿Qué quería de ti ese tipo a las cuatro de la mañana?

—Delante de ti le tienes. Pregúntale a él. Quizá sea más claro contigo, porque yo no llegué a comprender nada. Quería saber algo referente a unos muchachos asesinados en Nueva York y acerca de

mis relaciones con Sandro Morato y Dingo Lecoq. Él sabrá por qué.

El hombre se volvió a Bob.

—A usted le toca hablar ahora. ¿Qué tiene que ver Karen con esa historia? ¿Y usted?

Bob le miró unos momentos. Parecía como si Karen no existiese para él. Dijo:

—Y yo pregunto a mi vez: ¿Qué le importa a Jan Duke la historia? Mi participación está clara. Soy periodista y mis particulares pesquisas en busca de la noticia exclusiva me llevaron hasta Karen Oaks. Pero el nombre de Jan Duke no figuraba para nada en mi lista. ¿O quizá estoy equivocado y debe figurar el primero en mi relación de sospechosos?

—Invente otro pretexto, que ése no sirve. En Nueva York tuvo ocasión de interrogar a la muchacha. Estuvo con ella en su apartamento. ¿Por qué vino a Miami?

—¿Ya usted qué le importa?

—Me intereso por Karen. Eso es todo.

—¿La defiende hasta el punto de raptar a quien se le acerca más de la cuenta? Puedo demandarle por secuestro. Yo no estoy aquí por mi voluntad. Y tengo ganas de engatillar a un millonario y que el juez le saque en mi nombre unos cuantos dólares con que engrosar mi cuenta corriente.

Uno de los hombres que hasta entonces había permanecido silencioso, soltó una carcajada de clarísimo sentido. Los demás sonrieron divertidos. El propio Jan Duke no pudo contenerse y saltó:

—No se haga ilusiones. Cuando salga de aquí no le quedarán ya ganas de demandar a nadie, como no sea a Satanás.

—¿Ah, sí? ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Adivínelo, usted que es tan listo. O si no, que se lo explique Joe. Acabo de nombrarle su tutor.

Estas palabras fueron las que abrieron puerta a la total franqueza. Cayeron las caretas y los personajes dijeron lo que pensaban.

Bob se dio cuenta de que Jan Duke estaba nervioso por alguna causa desconocida y no podía continuar la farsa que en un principio se había propuesto representar.

El millonario miró a Bob Rogers como si él tuviera la culpa de

sus infortunios; con odio reconcentrado, con brillo asesino desbordándole los ojos.

—No saldrás de aquí.

—En fin —suspiró el periodista—, qué dejamos la comedia. Me alegro porque es usted un mal actor. Quizá en las películas haya visto tipos como el que usted pretende ser, capaces de jugar al gato que atrapó al ratón y se divierte con él antes de comérselo; pero le falta categoría para ello. Es un botarate imbécil con mucha suerte y pocas manías, qué porque algo le salió bien en la vida se cree más inteligente que los demás y que se va a reír de ellos siempre.

Bob pretendía con los insultos sacar de quicio a aquel hombre que daba claras muestras de nerviosismo. Hacerle hablar. Pero de momento no surtió efecto. Sin inmutarse, dijo Duke:

—¿A qué viene ese discurso?

—Sencillamente, a que en nuestro corto, pero desagradable diálogo, se han aclarado mis dudas y he aprendido mucho.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que conozco la cabeza de todo este embrollo de los adolescentes asesinados.

—De poco le va a servir.

—Quizá a mí no. Pero otros me seguirán y por simple deducción darán con la clave. El
F. B. I.
no es manco precisamente. Nadie escapa a su persecución.

—Yo sí. Pero es una lástima que usted no lo vea. Sabe demasiado, y los sabihondos me molestan. ¿Oyó hablar de gentes que se destruyen a sí mismas de tanto saber?

Bob sonrió. Posiblemente en su sonrisa habla más fatalismo que otra cosa. Posiblemente también, su sonrisa fue solamente un escape para sus preocupaciones. Pero sonrió, pensando en lo tontamente que había resuelto aquel caso, en lo fácil e inesperadamente que había llegado a conocer, por fin, el siniestro cerebro que hacía funcionar todo un tinglado, cuyas características ignoraba aún. Había desenmascarado al criminal sin saber exactamente cuáles eran sus crímenes. Unos minutos de charla con el capitán Marone se lo hubieran aclarado todo con certeza, y hubiese podido escribir con ello la más brillante serie de crónicas de su carrera periodística. Pero la actitud de aquellos tipos le daba a

entender claramente que sus dedos no golpearían más las teclas de su «Remington».

Jan Duke se volvió hacia uno de sus esbirros y preguntó:

—¿Ha venido ya Blake?

—Aún no. Le estamos esperando, pero no se ha visto su señal. La lancha está a punto para ir a recogerlo.

El millonario calló, contrariado, y su preocupación pareció aumentar. Luego, como si deseara algo, se volvió hacia Karen.

—Me gustaría saber, muñeca, qué carta juegas en esta partida. Joe dice que fuiste tú quien aviso a este tipo en el club. Eres la única que pudo traicionarme. Tú escuchaste la orden que di de eliminarle.

Karen se encogió de hombros.

—Piensa lo que gustes. Eres muy dueño de hacerlo. Pero ¿no se te ocurre que puede haber algún traidor pagado por la policía en tu pandilla?

El hombre titubeó. Miró a los suyos en silencio y dijo después:

—No hay que preocuparse. Joe podrá trabajar a este tipo tranquilamente en cuanto nos marchemos. Cantará. Habrá tiempo de sobra en adelante, y el chivato las pagará.

Calló un momento para proseguir:

—Cuando llegue Blake nos marcharemos. Me gusta la paz. Tengo merecido un buen descanso. Las cosas se ponen feas en América. Visitaremos la vieja Europa. Después, el mar es ancho. Vacaciones. Mis buenos amigos y yo las necesitamos.

Encendió un cigarrillo. Sus amigos respetaron el monólogo sin chistar:

—En cuanto a éste —señaló a Bob—, los tiburones se ocuparán de él cuando ya no nos divierta llevarlo a bordo. Les gusta la carne, aunque sea de periodista.

Golpearon la puerta con los nudillos y entró un marinero.

—Blake ha llegado ya, señor. Hemos visto las Señales de los faros de su automóvil en el acantilado.

—Joe —ordenó Duke secamente—, id a recogerle. Aprisa. Y mucho cuidado con las cajas. El contenido es muy importante.

Pareció como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—En cuanto Blake suba a bordo, zarparemos.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que la situación

de Bob era desesperada. En cuanto el yate se alejara de la costa, no habría escape posible. Su tumba estaba en las tripas del primer tiburón que pasara junto al barco cuando lo arrojaran al agua. Sin funerales, sin himnos, sin un solo paño negro. Desaparecería de entre los vivos sin dejar el menor rastro.

Por la última frase del millonario dedujo que le quedaban pocos minutos si quería intentar algo. El tiempo justo que la lancha tardara en ir y volver a tierra.

En la premura de tiempo, como en la necesidad de hacer algo por escapar, no había duda. Entonces o nunca. Enfrentarse con todos aquellos tipos era una locura. Pero la tal locura tenía una posibilidad, aunque remotísima, única: saltar por la borda y ganar Ja costa a nado. En cuanto la nave se hubiera puesto en marcha, esta posibilidad se reducía a cero.

Oyó como trepidaba la motora, alejándose del costado del yate. Contó los hombres. Quedaban sólo cuatro y Jan Duke. Miró a Karen. Ella le estaba mirando también. En sus ojos había un fulgor que Bob no supo a qué achacar.

La muchacha se levantaba indolentemente para dirigirse al bar instalado en uno de los rincones del salón. Dos hombres bebían, sentados en los taburetes. Uno de ellos, alto, delgado, con cara de buena persona, vuelto de espaldas a la barra, apoyaba en ella los codos, sosteniendo el vaso con la derecha y el cigarrillo con la izquierda. En el salón, caldeado por los radiadores eléctricos, hacía calor y el hombre llevaba la chaqueta desabrochada.

La chica se le acercó entre mimosa y aburrida. Con un familiar golpe en el pecho le saludó:

—Hola, Myles. ¿Cómo va esa vida?

El hombre contestó con un displicente:

—Psss…

En el otro extremo del salón reclamaba la voz de Jan Duke:

—Tú, llévate a este tipo. La travesía será larga y tendremos tiempo de divertirnos con él. De momento, prepáralo para lo que le espera.

La situación, sin embargo, cambió de súbito, sin solución de continuidad.

La mano de Karen bajó como un rayo del hombro que había golpeado amistosamente, se metió entre la chaqueta y la camisa y

se aferró segura a la culata del~ revólver del hombre, antes de que éste tuviera tiempo siquiera de decidir si debía arrojar el vaso que sostenía con la diestra. Antes también de que Jan Duke se diera cuenta de lo que sucedía, la muchacha apuntaba a la concurrencia.

Todos quedaron inmóviles, como si la película a la que parecía pertenecer aquella escena se hubiera encallado en el proyector. La voz decidida de la chica y su amenazador 45 hicieron el milagro.

—El primero que se mueva pesará dos onzas más después de muerto.

Joe fue el único escéptico ante aquella teatral amenaza. En sus ojos de pícaro cabrilleó una sonrisa de incredulidad, y su mano, que el cambio de situación había detenido en camino para atrapar a Bob, se replegó rapidísima sobre su cintura en busca de la pistola.

Sonó un disparo. Después otro. Karen parecía la viva imagen de una furia.

Las manos del matón no llegaron siquiera a ocultarse en su chaqueta. Miró a la joven con asombro infinito, como si aquello fuera una broma increíble. Después se le heló el gesto en la cara, abrió la boca estúpidamente y cayó de espaldas con ruido sordo. Sobre el bolsillo superior de su chaqueta clara destacaban dos oscuros agujeros. Por ellos borboteaba la sangre dulcemente, formando dos rosetones como dos brillantes condecoraciones escarlata.

—¡Manos arriba todos! ¡El que se mueva le seguirá al infierno!

Las manos quedaron inmóviles en sus caminos hacia las pistoleras como si a todos les hubiera acometido un repentino ataque de parálisis, para luego irse levantando lentamente sobre las cabezas.

La voz de la chica volvió a sonar:

—Bob, ven aquí, fuera de mi línea de tiro.

El periodista se acercó. Karen le ordenaba:

—Quítale la pistola a ése… Y ponte a mi lado. He de decirle aún unas palabras a este caballero…

Jan Duke logró dar a sus palabras un acento de asombro, del más puro dramatismo, cuando preguntó:

—¿A mí?

—Sí. A ti. ¡Estúpido cretino! Vas a pagarlas todas de una vez y por obra de quien menos pudiste sospechar. De la dulce, de la

ingenua, de la imbécil Karen Oaks que no se daba cuenta de nada. De esa muchacha cómoda que no cuesta dinero porque tiene demasiado orgullo para aceptarlo.

Calló un momento para proseguir:

—Sí. No me has logrado engañar con tus patrañas bien hilvanadas. Casi desde un principio supe tus verdaderas actividades. Fuiste muy magnánimo. ¿No es eso? Me lo has repetido tantas veces, que tú mismo has llegado a creértelo. Pretendías haber dado un trabajo decente a mi hermano para sacarlo del fango y eras tú quien lo habías metido en él. Fue siempre tu pistolero a sueldo. Y fue tanta tu magnanimidad —en el acento de Karen había una amargura infinita— que pasaste por alto el hecho de que mi apellido fuera Lecoq y me permitiste frecuentar tus estúpidas amistades como una duquesa de incógnito. Trabajo en tus locales… —Y como si creyera inútil la perorata, cambió de tema sin acabar la frase—: Sí. Soy la hermana de Dingo Lecoq, el asesino; pero asesino por encargo tuyo. Él era un buen muchacho. Y un tirador de primera. Pero nunca había tirado sobre un hombre cuando llegó a Nueva York. Sólo tú sabes de qué medios te valiste para que lo hiciera por primera vez. Después la cosa era fácil. Tú sabes mejor que nadie cómo le daba al gatillo. Yo aprendí de él. ¡Prepárate…!

Karen se había excitado con la perorata. Los recuerdos la iban sulfurando. Parecía no ver más que a su odiado enemigo, a través de la mira de su revólver.

Bob estaba asombrado por la revelación: Karen Oaks era la hermana del tristemente célebre Dingo Lecoq. Ello explicaba el extraño proceder de la muchacha; explicaba que se hubiera hecho cargo del cadáver del *gángster*, sus extrañas reacciones cuando oía hablar mal de él, su relación con los miembros de aquella banda.

Los confusos pensamientos acumulados en la mente del periodista no le permitieron poner en claro más que una cosa: que Karen se había jugado en aquel momento el todo por el todo para salvarle a él. Esto hizo que los viejos sentimientos renacieran en el hoyo de sus entrañas con más fuerza que nunca.

Insospechadamente la situación volvió a variar de signo. La puerta del salón se abrió a espaldas de la pareja sin un chirrido. Lo primero que sintió Bob fueron dos fuertes brazos que le inmovilizaban y desarmaban.

Una pistola ladró al lado del periodista. Uno, dos, tres, ¡cuatro! Era la de Karen. Disparaba locamente, sin tiempo para fijar la puntería sobre los que entraban; pero todas las balas mordieron carne.

Alguien cayó. Sé armó un revuelo, y al fin sujetaron a la muchacha por los brazos cuando lanzaba contra Jan Duke su arma inútil.

Jan Duke, procurando serenar su rostro desencajado por el pánico, avanzó. Se alisaba el pelo con ambas manos y apretaba el nudo de su corbata; resoplaba.

—Se acabó la escena, preciosa —y propinó a Karen un terrible revés en la cara—. Al menos ahora sé a qué atenerme respecto a ti. Jugaste a la carta que pierde. Tú lo has querido.

Karen escupió con asco:

—Prefiero los tiburones.

A Bob Rogers se le dispararon todos los nervios a la vez, sus músculos se distendieron como muelles largo tiempo comprimidos, y el resultado fue una sacudida de furia que cogió desprevenidos a sus aprehensores arrojándolos de lado violentamente. Se lanzó contra Jan Duke en tromba, como un energúmeno.

La fuerza de la acometida derribó al millonario y ambos rodaron por el suelo. Bob no veía más que la informe masa del hombre cuyos pies y manos se agitaban frenéticamente para desasirse.

A pesar de ello, a sus oídos llegó claro el eco del crepitar de las pistolas en el exterior. Y hasta le pareció escuchar el trágico tartamudeo de una metralleta.

Un solo hombre se lanzó en defensa de su jefe. Los demás sacaron las armas y se dirigieron en tropel hacia la salida.

El tiroteo arreciaba. Los tiros sólo podían significar una cosa, e instintivamente la comprendieron todos. Su único pensamiento, desde entonces, fue salvar la piel.

En aquellos momentos hasta Jan Duke se sentía como una rata atrapada.

Sobre cubierta se oían claramente fuertes pisadas y carreras.

Pero el periodista ya no se enteró. Un culatazo en la cabeza lo dejó fuera de combate. El millonario, libre, salió disparado hacia la puerta sin preocuparse de su enemigo.

El salón había quedado tranquilo. Karen, rentada en un rincón

miraba sin ver, desquiciados los nervios. Joe también miraba fijamente, pero al techo, pareciendo asombrarse aún de que una simple mujer lo hubiera enviado al otro barrio con dos condecoraciones escarlata sobre el pecho. Bob Rogers, atontado por el culatazo del esbirro, respiraba fatigosamente, de bruces en medio del salón.

Jan Duke, desde el puente de mando, daba órdenes a sus hombres que se batían en retirada ante los policías que por ambos costados invadían la cubierta. Los dos pesqueros de camarones y una lancha patrullera cabeceaban a babor y estribor del yate como tiburones acosando a una ballena herida.

Era un espectáculo alucinante el que se desarrollaba alrededor del «Reina del Caribe». La noche se iluminaba con largos fogonazos de muerte. Los hombres se fundían con las cosas buscando en ellas protección. No sólo se defendía el último reducto, sino la vida; y los seres humanos, una vez más, se convertían en fieras. Algunos, al verse acorralados, saltaban por la borda. El patrullero, en fascinantes virajes, los atrapaba como si fueran tortugas gigantes a la desbandada.

De lo que sucedió después, aun cuando en su reportaje para el «Chronicle» lo pintó con los más brillantes colores y los más verídicos acentos de cosa vivida, el periodista no pudo ver más que un pequeño fragmento. Pero fue un final despiadado, la fase última de una batalla en la que cada uno está decidido a vender cara su vida antes de que se la tomen.

Los policías sabían bien su oficio y el yate fue dominado totalmente.

A las dos horas escasas, un remolcador, pedido por radio, afianzó su amarra a la proa del buque apresado y lo fue arrastrando lentamente hacia puerto.

En el gran salón esperaban su traslado a tierra los miembros de la tripulación que aún quedaban vivos, tres guardaespaldas y Jan Duke despeinado y herido. En el entrepuente, en macabra formación, los caídos en la refriega, sin distinción de bandos, dormían para siempre codo a codo.

* * *

Al día siguiente, Bob y Karen prestaron declaración ante los agentes del F. B. I, encargados del caso.

Acabados los trámites, Bob preguntó:

—¿Puede saberse cómo lograron llegar tan a tiempo al yate?

El que dirigía la investigación, un hombre joven, de aspecto inofensivo, contestó a la pregunta:

—Sencillamente, porque íbamos tras de usted desde Nueva York. Lo usábamos como cebo. Por indicación del capitán Marone, de la Brigada de Homicidios de la Metropolitana, fuimos su sombra desde que salió del Departamento. Cuando esos tipos le noquearon en el «Pelikan Motel» no tuvimos más que seguir a sus raptores para que ellos mismos nos condujesen a su madriguera en el yate, que ya hacía unas horas teníamos vigilado como sospechoso desde los en apariencia inocentes pesqueros de camarones.

—Otra pregunta: ¿qué tienen que ver estos tipos con el asesinato de los chiquillos en el «Barrio del Hambre»?

—La cosa está clara ya. «Inform Co.», presidida desde su escondrijo por Jan Duke, era una organización de compraventa de toda clase de informes secretos técnicos y políticos, bajo la capa de una vulgar compañía de registro de patentes. En esta sede y alguna sucursal estratégicamente situada en el país, se recogía cuanto material tenía interés para el mercado internacional de los servicios de espionaje. La diferencia de esta agencia con las usuales organizaciones estribaba en los medios de que se valla para recoger información. Además de los normales de compra directa de mercancía a los espías profesionales de todo el mundo por medio de sus múltiples agentes, tenía un método propio para operar en el país, que le dio muy buen resultado. Y sobre todo barato.

El agente especial calló un momento para encender un cigarrillo, expelió el humo lentamente en volutas y prosiguió:

—Elegida la víctima que había de proporcionarles información por su proximidad a la fuente o por su relación con quien estaba dentro de ella, se le mimaba durante algún tiempo y se procuraba buscar sus puntos flacos. El agente que llevaba a cabo este delicado trabajo podía ser desde una bella mujer hasta un hábil hombre de mundo que se introducía en el círculo de amistades de la víctima. La banda estaba bien provista de estos personajes a muy bajo costo. Luego, conocido el talón de Aquiles del elegido, se le atacaba sin

descanso por su flaco, fuera éste las drogas, las mujeres, el juego o la violencia. Esta última, aunque no lo parezca, fue el espejuelo que atrajo en principio, antes de aficionarse a todo lo demás, a los jóvenes incautos, hijos de quienes por sus cargos tenían acceso a importantes secretos políticos, técnicos o militares. Jugar a *gangsters*, poseer armas, usarlas, tener a su disposición muchachas y drogas fueron las redes en las que les envolvieron una vez dentro de la banda, y las que al fin llevaron a tan trágico fin a los chicos en el «Barrio del Hambre».

Bob Rogers tomaba nota mental de todos estos detalles.

—Es incomprensible —comentó-que estos mocosos quedaran ligados para siempre a la banda, cuando no era dinero precisamente lo que les faltaba.

—No lo es tanto si se piensa que sólo en el hampa podían encontrar ambiente propicio para sus viciosos apetitos y desarrollar la violencia que buscaban. Pensemos que la banda les proporcionaba cuanto deseaban. Y ya desmoralizados, convertidos en guiñapos, poco les importaba traicionar a los suyo comunicando a los enlaces de «Inform. Co.» conversaciones oídas en casa, copia de documentos sacados de la propia cartera de sus padres o hermanos y hasta de sus mismos despachos, habida cuenta de que cada informe interesante les era premiado con cuanto pudieran desear.

El agente se tomó un corto respiro y continuó:

—Les casos en que se vieron envueltos el general Morris, el senador Seymour y el naviero Erikson están claros ahora. Fueron sus propios hijos quienes robaron sus respectivos secretos. ¿Quién iba a sospechar de unos canallas a quienes se continuaba considerando como niños?

Bob siguió interrogando:

—¿Tenía alguna filiación política el grupo?

—Ninguna. Ni siquiera cabe aplicarles el atenuante de que lo hacían por un ideal. Trabajaban únicamente por dinero. Practicaban una nueva especie de gangsterismo que atenta a la seguridad de la patria. Jan Duke, jefe de este gang, en la época de la prohibición hubiera sido un contrabandista de *whisky*; hace unos años hubiera formado un sindicato del crimen; hoy consideraba todo aquello pasado de moda y se dedicó al espionaje en favor de quien mejor

pagara. Nada le frenaba. Vendía al mejor postor. Por la documentación encontrada en Nueva York y en las cajas que traía Blake al yate, junto con las declaraciones de los detenidos, hemos sabido que incluso vendió al Gobierno secretos robados en nuestras mismas fábricas de armamento, porque le pagamos más que la otra potencia interesada en comprarlos. Hubo documentos que fueron vendidos a varias redes a la vez, además de cobrar a la nación expoliada una fuerte cantidad por los originales, de los cuales se habían sacado antes abundantes copias.

—¿Cómo no lograron echarles el guante entonces?

—El

C. I. A.

y el F. B. I, estuvieron varias veces sobre la pista, pero sólo se logró detener a vulgares acólitos que servían de mensajeros, sin conocer a sus propios jefes, con los cuales se comunicaban por correo o teléfono. Hace un año logramos capturar un jefe de grupo, pero ni él mismo conocía a su inmediato superior ni a sus compañeros de categoría.

—Es extraño que, estando tan poco ligados jerárquicamente, no volaron los mensajeros con el botín, una vez vendido.

—De esto se encargaban los grupos de choque. El menor asomo de traición era pagado con la muerte. Ejecutaban las órdenes sin chistar y vivían a sueldo lijo, más las primas extras por servicio cumplido. Los chicos del «Barrio del Hambre» murieron por haberse separado del inmenso *gang* para formar otro, con «Pimples», el chico de la cara llena de granos, en calidad de jefe. No imaginaban estar jugando a un juego tan peligroso.

Bob Rogers parecía tener bastante con lo dicho por el del F. B. I, porque ya no preguntó más. Pero el federal creyó oportuno acabar diciendo:

—De no haber caído usted desde el principio en las mismísimas altas esferas de la organización, el caso no hubiera pasado de la detención de unos cuantos acólitos. Tuvo usted la perspectiva de meterse en medio del embrollo. Esto nos permitió llegar rápidamente a la solución.

—Si usted llama perspicacia a la buena suerte…

—Sé distinguir, amigo. Usted ha hecho todo el trabajo y nos ha servido el resultado en bandeja. La buena suerte está —el federal,

sonriendo, señaló con la cabeza a Karen— en la encantadora recompensa que ha obtenido por sus fatigas. Deseo a ambos la mayor felicidad del mundo.

Fuera, la tarde se había esfumado para dar paso a una templada noche del otoño tropical, cuajada de estrellas. El «Mercury» enfilaba hacia las playas del Norte. La carretera de Palm Beach, bordeando el mar, era anchísima. A la derecha, a menos de quince metros, destacaba la blanca espuma de las olas rompiendo contra la arena. Del brillante *tablier* del coche brotaba una música romántica y dulzona.

Bob paró el coche sin mediar palabra, Karen y él se besaron largamente. Un beso cálido; con la profunda emoción de los primeros, acariciante. Cuando por fin sus caras se separaron, él dijo:

—¿Ya sabes exactamente lo que es un periodista?

—Me importas tú, no tu profesión —contestó Karen segura de sí.

—Pero es que estoy ya casado con mi profesión, con mi periódico, con mi público y hasta con el capitán Marone que de vez en cuando se encarga de meterme en un buen lío para regocijo de mis lectores…

—¡Tanto mejor! —exclamó la muchacha, riendo—. Una esposa más no te estorbará, y yo cuidaré de desbancar a las otras.

A partir de entonces sobraron las palabras, porque ambos continuaron entendiéndose en un lenguaje universal más expresivo que cualquier idioma.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona,
1924-1996).
Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William
O'Connor.
Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).